Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII — San José, Costa Rica — **1931** — Sábado 18 de Abril — Núm. 14

Año XII. No. 534

SUMARIO

El niño .... *Vsovolod Ivanov*
El poema de las begonias .... *F. Amighetti*
Lectura y glosa de escritores venezolanos (y 2) .... *Pedro Emilio-Coll*
A propósito del Congreso del Niño .... *Juan del Camino*
La casa abandonada .... *Azorín*
La rosa de los vientos .... *L. E. Nieto Caballero*
Al margen de los *Persiflages* que se refieren a gentes y casas de escuelas .... *Carmen Lyra*
Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua .... *Victor Valdivia*
Saludo a Costa Rica .... *Vicente Lombardo Toledano*
Langston Hughes, el poeta afro-estadunidense .... *Rafael Lozano*
Poemas .... *Langston Hughes*
La Academia Estadunidense de Artes y Letras .... *Persiles*
Nocturno .... *Max Jiménez*
Tablero (1931) ....

El niño

= De la *Revista de Occidente*, Setiembre, 1926, Madrid =

El autor de este cuento, Vsevolod Ivanov, ya es conocido del público español por su novela El tren blindado num. 14-69, *que forma un volumen de la* Biblioteca de la Revista de Occidente. *Hoy damos a nuestro lectores una nueva muestra de la literatura rusa actual con esta narración, que ocurre, como aquella novela, en las estepas siberianas; son sus personajes también restos de los ejércitos "rojos" o "blancos", que allí combatieron.* (Nota de la *R. de O.*)

1.

La Mongolia es una fiera salvaje. Una fiera salvaje y triste. Allí la piedra es como la fiera, el agua como una fiera. Allí las mariposas mismas muerden.

No se sabe lo que el hombre mongólico tiene por corazón. Viste pieles de animal, y en su exterior se parece a los chinos. Habita lejos de los rusos, lo más lejos, pasado el desierto de Nor-Kor. Y todavía se cuenta que habría llegado, allende China y la India, a azules tierras ignotas. Junto a los rusos viven aquí kirguises; kirguises del Irtich, que por miedo a la guerra se han corrido a la Mongolia. A éstos sí se les conoce; sí tienen corazón. Un corazón de mica, transparente hasta el fondo, pero que no vale nada. Poco a poco han ido llegando, sin prisa, con el ganado, las mujeres y los niños por delante. Hasta los enfermos han traído con ellos. Pero los rusos—*mujiks* sanos y robustos—han sido acosados hasta aquí, sin compasión. En los montes de roca viva han abandonado todo lo que era inútil o débil. Los que no murieron por sí mismos, fueron rematados a golpes. Mujeres, hijos y ganados, su hacienda toda, abandonada, cayó en manos de los "blancos". Como lobos rabiosos en primavera, vivían los *mujiks* en sus carros y tiendas, añorando la estepa y el Irtich.

Era unos cincuenta; a su cabeza, Sergio Selivanov. La tropa se llamaba "Contingente de partidarios del ejército rojo del compañero Selivanov".

Se aburrían. Mientras huyeron por las montañas perseguidos por los "blancos", sentían angustia ante los gigantes peñascos oscuros, pero cuando llegaron a la estepa les pareció aburrido y yermo. La estepa es igual aquí que a orillas del Irtich: arena, hierba áspera, un cielo forjado, duro, todo hostil, inculto, salvaje. Pero todavía era peor por la falta de mujeres. Hablábase de ellas por la noche, contábanse crudos chistes de cuartel y cuando ya no podían resistir más, ensillaban los caballos y corrían por la estepa tras las mujeres de los kirguises. Y las mujeres de los kirguises se tumbaban de espalda, sumisas, en cuanto divisaban a los rusos. Inmóviles, con los ojos fuertemente cerrados, esperaban tendidas en el suelo; y era tan repugnante tomarlas así, como si se pecase con una bestia de ganado. Los kirguises temían a los *mujiks y* manteníanse muy lejos, en la estepa. Cuando divisaban a un ruso gritaban y blandían arcos, fusiles; pero no disparaban, tal vez porque no sabían.

2.

Afanasij Petrovich Trubatschow es el cajero de la partida. Lloriquea como un niño de teta, y también su cara es la de un niño: menuda, lampiña, sonrosada. Pero sus piernas son largas y fuertes como las de un camello. Para parecer terrible tiene que estar a caballo; una vez en la silla, su rostro se hunde y se hace grisáceo, perverso, espantable.

El día de Pascua, tres hombres salieron a la estepa en busca de buenos pastos: Selivanov, el cajero Afanasij Petrovich y Drevesinin. Las arenas humeaban bajo la lumbre solar. Del cielo descendían oleadas de viento candente; el suelo irradiaba también seco calor hacia la temblorosa bóveda celeste, y el cuerpo de animales y hombres era pesado y duro como piedra. Y Selivanov dijo con voz ronca:

—¡Qué buena era allí la hierba!

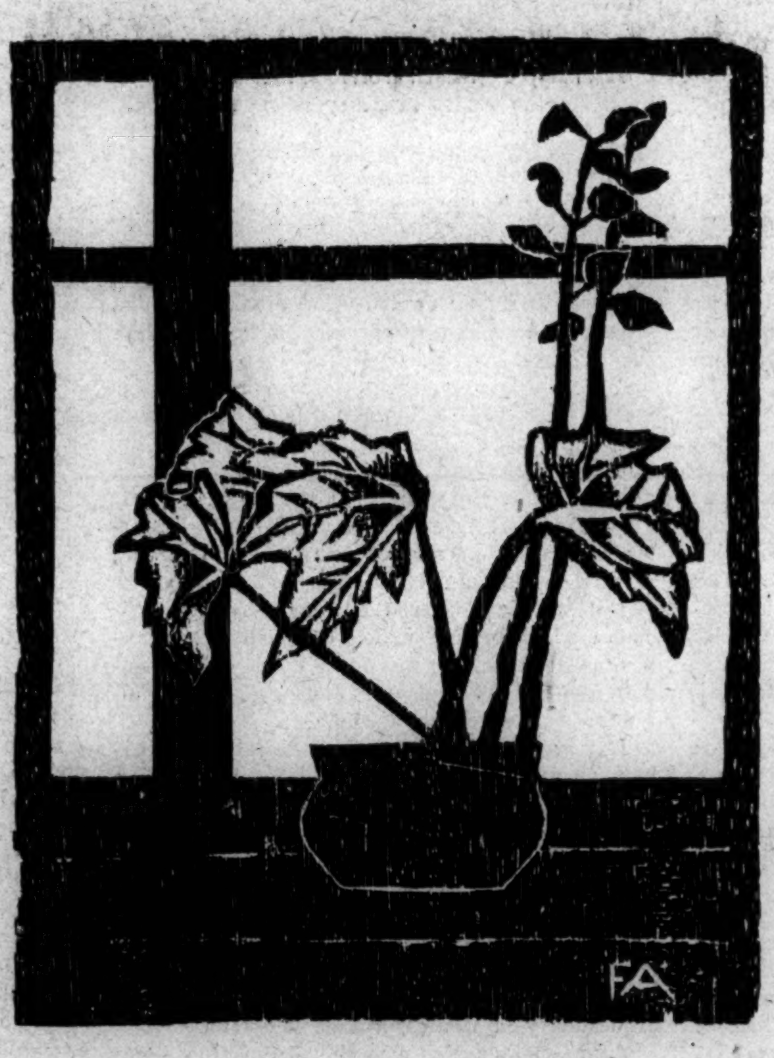
Y todos entendieron que hablaba del Irtich. Mudos quedan los rostros, como si el sol abrasara sus voces igual que a la hierba en la estepa. Rojos y estrechos, como rasgadas heridas de anzuelo, miran sus ojos. Entonces Afanasij Petrovich replicó, con voz plañidera:

—Pero también allí hay sequía.

Su voz lloraba, pero sus ojos no. Era a su caballo, fatigado, jadeante, al que se le arrasaban dolorosamente los grandes y secos ojos.

Uno tras otro cabalgaban así, por sendas de cabra, adelante, cada vez más dentro de la estepa. Tristemente ardían como ascuas las arenas; el encandecido viento, que olía a arena, se abatía en torno de los hombros y cabezas. El sudor ardía dentro del cuerpo, porque no podía atravesar la reseca piel.

A la tarde, cuando salían de una pequeña hondonada, Selivanov señaló al Oeste:



El poema de las begonias

manos de 80 años las cuidan
sin fatigarse de cariño

contra la ventana—
sus hojas trasparentes
como un segundo vidrio hecho alma

hojas anémicas temerosas de sol
como las doncellas melancólicas
del tiempo de la colonia.

F. Amighetti

San José, Costa Rica, Abril, 1931.

—¡Un coche!

En efecto, justo sobre la línea del horizonte, flotaba una polvareda color rosa.

—Probablemente kirguises.

Comenzaron a discutir. Drevesinin afirmaba que los kirguises vivían mucho más lejos, y no vendrían a ponerse al alcance de Selivanov. Y Afanasij Petrovich opinaba que, seguramente, eran kirguises, a juzgar por la magnitud de la polvareda. Pero más tarde, cuando la polvareda se desarrolló más cerca, todos quedaron de acuerdo:

—Gente desconocida.

A la voz de sus amos, los caballos ventearon. Algo extraño se acercaba en el viento. Levantaron las orejas y, aun antes de oír la voz de mando, se acostaron en tierra. Sus cuerpos grises y morenos, con las delgadas patas, parecían en la hondonada grotescos, lamentables. Como por vergüenza, los animales cerraban los grandes y espantados ojos y jadeaban en cortas inspiraciones.

Selivanov y el cajero Afanasij Petrovich se tendieron al borde de la hondonada. El cajero hablaba de nariz, sorbiendo sus lloros. Para que no se amendrentara, Selivanov lo tenía siempre a su lado. Su plañir de niño casi le divertía, y hacía latir con petulancia su rudo corazón de *mujik*.

A lo largo del camino se desarrollaba la nube de polvo. En apretado ritmo rechinaban las ruedas, y como polvo tremolaban las largas y negras crines de los caballos.

—Rusos—dijo Selivanov, convencido. Y llamó a Drevesinin. En un carro nuevo de mimbre sentábanse dos viajeros, tocados de gorros militares rebordeados de rojo. El polvo no permitía distinguir las caras, que parecían flotar entre un humo amarillento. Se veía sobresalir el empinado cañón de un fusil, y, de tiempo en tiempo, un brazo que restallaba un látigo.

Drevesinin, después de meditar, dijo:

—Oficiales . . . Oficiales en comisión . . . Una expedición.

Y guiñaba los ojos y el rincón de la boca:

—Buen recibimiento van a tener.

El coche acercaba a los dos viajeros, los acercaba indefectiblemente, seguramente. Los caballos tiraban delante, y la polvareda, detrás, como el rabo de un zorro, barría los rieles de las ruedas.

Plorante y despaciosamente, dijo Afanasij Petrovich:

—Eso no, muchacho. Mejor será cogerlos prisioneros.

—¿Y tú no piensas en tu cabeza?

Selivanov se encolerizó; y sin decir nada, de la misma manera que si fuera a desabrocharse un botón, apoyó el dedo en el gatillo de su fusil.

—No es cosa de llorar ahora.

Lo que más le exasperaba era que los oficiales se hubieran aventurado solos por la estepa, sin escolta, como si el número no tuviera importancia para venir a desafiar a los *mujiks*.

Uno de los oficiales se alzaba constantemente en el coche examinando la estepa; pero sólo veía el polvo, el viento rojo de la tarde sobre la hierba agostada, sobre aquellas dos piedras al borde de la hondonada semejantes a grupas de caballos muertos. Y en la roja polvareda, el coche, las ruedas, los hombres, y con ellos sus pensamientos.

Disparos . . . . , una descarga.

Los dos gorros chocaron uno con otro y cayeron a la vez hacia atrás, derribados. Las riendas se aflojaron de pronto como si hubieran reventado. Los caballos se encabritaron, impetuosos. Primero, desbocados al galope . . . Mas de pronto, sus cuellos se cubrieron de lechosa espuma. Con sus elásticos músculos, temblando, inclinaron la cabeza y se quedaron quietos.

Aganasij Petrovich declaró:

—¡Están muertos!

Los *mujiks* se acercaron a mirar. Los dos viajeros estaban muertos en efecto, sentados hombro contra hombro, las cabezas caídas hacia atrás, como capuchas. Uno de los muertos era una mujer. Sus cabellos estaban sueltos y casi en su mitad cubiertos de polvo, negros y amarillos; su blusa de soldado se abombaba sobre su pecho de mujer.

—¿Y ahora?—dijo Drevesinin—. ¡La culpa es suya! ¡Si no se hubiera puesto un gorro de soldado! ¿Quién iba a matar una mujer? . . . Precisamente, necesitamos mujeres.

Afanasij Petrovich gargajeó:

—Eres un monstruo, un burgués . . . No tienes corazón.

—Alto!—interrumpió Selivanov—; no somos salteadores. Hay que hacer el inventario de los "bienes del pueblo". Trae acá papel.

Pero en el pescante había, entre otros "bienes del pueblo", una cesta china de junco trenzado, y en ella un niño de pelo y ojos claros. Un niño de teta, que gemía débilmente y sujetaba en su manita la punta de una oscura colcha.

Emocionado, Afanasij Petrovich, dijo:

—¡Miradle! También él dice en su lengua que . . .

Los *mujiks* compadecieron otra vez a la mujer y decidieron no despojar al cadáver de sus ropas. Pero el hombre fué enterrado desnudo en la arena.

3.

Afanasij Petrovich volvió en el coche; acunaba al niño en los brazos y le cantaba bajito:

Ruiseñor, pajarito . . . .
canario, canario,
que cantas tristemente

Recordaba el pueblo de Lebiashij—su tierra—, los ganados, la familia, los pequeños, y lloraba. El niño también lloraba. La arena quemaba, sedienta, seca, pasaba aprisa y lloraba. Sobre sus elásticos caballitos mongoles galopaban los *mujiks;* quemados están los rostros, resecas las almas. A lo largo de la senda, tiembla la planta del ajenjo, ahogada por el sol, menuda, apenas visible, casi igual a las arenas. Y la arena es como el ajenjo: fina y amarga.

¡Oh sendas! ¡Sendas de musmones! ¡Desiertos de arena! ¡Amargos arenales! ¡Mongolia, feroz y triste animal!

Los *mujiks* revisaron los efectos de los oficiales. Libros, una maleta con tabaco, instrumentos de reluciente metal. Uno de ellos, montado sobre tres largos pies, una cajita cuadrangular de cobre con una escala.

Los *mujiks* se agruparon. Miraban, palpaban, manoseaban los objetos. Los sopesaban en la mano.

Los *mujiks* trascendían a sebo de carnero. En su largo tedio, no hacían más que comer, y sus ropas se habían impregnado de grasa. Unos eran de pómulos salientes y labios finos y suaves; éstos procedían del Don. Otros, de cabellos negros y largos, y morena piel, eran los de las minas de cal del Irtich. Todos tenían las piernas arqueadas y la voz gutural de la estepa.

Afanasij Petrovich alzó el instrumento de tres pies.

—Un *tiliscopio*—dijo.

Y guiñando sus ojuelos, añadió:

—Un buen *tiliscopio,* que vale millones. Por aquí se ha visto la luna, muchachos, y se han descubierto en ella minas de oro. ¡Y qué oro! Ni siquiera se necesita lavarlo. ¡Oro puro como harina! No hay más que echarlo en sacos.

Un joven, que había estado en la ciudad, reventó de risa:

—¿Qué fantaseas tú ahí?

Afansij Petrovich montó en cólera.

—¿Que yo fantaseo? Espérate, tú, barbas de maíz.

. . . .

Repartieron el tabaco. De los utensilios se encargó Afanasij Petrovich, que como tesorero podía cambiarlos a los kirguises por otra cosa, si a mano venía.

Él puso los intrumentos delante del niño.

—Anda, diviértete.

El niño no miraba; berreaba. Afanasij Petrovich intentó calmarle con una y otro cosa; el sudor ya le inundaba. Pero el niño gritaba cada vez más.

Los rancheros trajeron la comida. Olía fuertemente a manteca, sémola y berzas. Todos sacaron de la caña de su bota la ancha cuchara de madera, y sentáronse a la redonda sobre la hierba pisoteada. La cañada es honda y sombría. Arriba, un centinela a caballo grita:

—Acabad pronto . . . Quiero comer. ¡El relevo!

Después de comer, acordáronse de que el niño también tenía que ser cebado. El pequeño seguía llorando, sin consuelo.

Entonces Afanasij Petrovich mascó un poco de pan para ablandarlo, y lo empujó en la boquita abierta y húmeda, castañeteando con los labios.

—Ta, ta . . . está muy bueno . . . come, gorrión.

Pero el niño cerró la boca y apartó la cabeza. No quería . . . Lloraba a más y mejor. Los *mujiks* se habían reunido alrededor y miraban al niño, unos por encima de otros. Y callaban. El calor era abrasador. La grasa relucía en labios y mejillas. Las camisas desabrochadas y los pies desnudos, tan amarillos como el suelo de Mongolia. Uno propuso:

—Démosle sopa de berzas.

Afanasij Petrovich mojó el dedo en el *stschi* y se lo metió al niño en la boca. La sabrosa sopa grasienta resbaló de los labios y fué a manchar la camisita rosa y la manta de franela.

El niño no quería tomar nada.

—Un perro cachorro es menos tonto, porque nos chupa el dedo. .

—Pero entre un perro y un hombre hay su diferencia.

—De todos modos . . .

No había leche de vaca. Pensaron entonces en la leche de yegua; yeguas sí tenían. Pero se quedó en que esta leche no es buena. Emborracha, y el niño podía enfermar. Entonces se dispersaron en grupos, entre los carros, y cambiaron impresiones. Afanasij Petrovich corría entre los carros, sobre los hombros un raído *beschmet,* los ojos tan pequeños que parecían rasgaduras. Su voz sonaba aguda, ansiosa, infantil, como si fuera el propio niño.

—¿Qué hacer? . . . Si no come . . . Será necesario . . .

Anchos, corpulentos, cruzan entre sí miradas de impotencia.

—Esto es cosa de mujeres.

—Desde luego.

—De manos de una mujer tomaría hasta cordero.

—Así dicen.

Selivanov les reunió a todos, y declaró:

—No vamos a dejar perecer a un hijo de cristianos como a una bestia . . . Puede que el padre fuera un burgués, pero el niño no tiene la culpa.

Todos los *mujiks* dijeron a una:

—Claro, la culpa no es suya.

Drevesinin rompió a reír:

—Criémosle. Crecerá entre nosotros y le haremos volar a la luna . . . A las minas de oro . . .

Pero los *mujiks* no reían. Afanasij Petrovich alzó el puño, exclamando.

—¡Perro sarnoso! ¡Rastrero!

Se balanceó sobre una y otra pierna y agitó los brazos. Y de repente, gritó agudamente:

—¡Una vaca! . . . ¡Necesitamos una vaca!

Todos exclamaron con una sola voz:

—Sin vaca, se muere.

—La vaca es imprescindible.

—Sin vaca, se acaba.

Afanasij Petrovich dijo resueltamente:

—Muchachos, me voy a buscar una.

El socarrón Drevesinin interrumpió:

—¿Adónde? ¿A Irtich? ¿A Labiashig?

—A Irtich no necesito ir, granuja; voy adonde los kirguises.

—¿Y te la cambiarán por el *tiliscopio?*

Con furiosos gritos, Afanasij se precipitó sobre él.

—¡Eres un canalla inútil, un provocador del género humano! ¿Quieres que te rompa la jeta?

Y como ya juraban y se insultaban, Selivanov, el presidente de la Asamblea, interrumpió:

—¡Bueno! ¡Basta! ¡A votar!

Los *mujiks* votaron este acuerdo: Afanasij Petrovich, y otros tres con él, irían a caballo al campamento de los kirguises y traerían una vaca, o dos, o cinco, si se podía, porque la carne comenzaba a escasear. Ataron la escopeta al arzón de la silla y vistiéronse pieles de zorro para parecerse a los kirguises por si estos los descubrían de lejos.

—¡Dios sea con vosotros!

Los que quedaban arrebujaron al niño en sus mantas y le pusieron a la sombra, debajo de una carreta. Junto a él, sentóse un mozuelo que, de cuando en cuando, para distraerse y distraer al pequeño, disparaba su revólver contra las matas.

4.

¡Arenales! Tristes arenales de Mongolia! Piedras, piedras azules como brazos perversos que salen hozando de la tierra! Los rusos cabalgan por la arena. Es de noche. La arena exhala fuego y perfume de ajenjo. En las tiendas de los kirguises ladran los perros, a los lobos, a la tinieblas. En las tinieblas aúllan los lobos, al hambre, a la muerte. Los kirguises han huído de la muerte. Pero ¿escaparán también a la muerte sus rebaños? Densas tinieblas, verdosas se estremecen sobre las arenas, como si la tierra las retuviera con esfuerzo, como si quisieran soltarse y escapar volando al Oeste. Las tiendas huelen a leche agriada y a estiércol seco. Junto a las pálidas hogueras del campamento están los enflaquecidos niños de los kirguises. A su lado, los perros flacos, de estrecho hocico. Las hurtas semejaban, en las sombras, balagares de heno. Tras ellas, juncos, una laguna.

Escondidos entre los juncos, los *mujiks* dispararon contra las fogatas amarillentas.

—*O-o-a-at.*

Los kirguises se lanzaron en un instante fuera de las hurtas. Angustiosamente, primero uno, después todos, a la vez gritaban:

—*Ui-boi ... Ui-boi, ak-kysyl. Urus ... Uio-boi.* (Matan ... Matan ... Los rusos...)

Saltaron a caballo, como si los caballos estuvieron embridados día y noche. Con el ruido de los cascos resonaban las hurtas, toda la estepa. Voces salvajes les gritaban desde los juncos:

—*¡Ak! ... ¡Ak!*

Solamente un viejo cayó del caballo, de cabeza, en una olla de leche que se derramó. Abrasado, gritaba con profundo quejido, mientras, a su lado, un perro peludo, de cercenada cola, hundía ávidamente su hambriento hocico en la leche caliente.

Las yeguas relinchaban. Asustadas, como si ventearan el lobo, las ovejas en el redil se atropellaban y topaban. Las vacas, como fatigadas, alentaban trabajosamente.

Las mujeres de los kirguises, sumisas, se tumbaron boca arriba, como siempre que venían los rusos.

Drevesinín reía descaradamente.

—¡Todavía si fuéramos garañones! No se está a punto a todas horas.

Apresuradamente, llenó de leche su cantimplora, y a golpes de *nagaika* reunió una vaca y sus becerros junto a las hurtas. Los becerros, desatados, hundieron a embestidas las cabeza en la henchida ubre y se prendieron alegremente, con sus gruesos y suaves labios, a los pezones.

—Tienen hambre, los animalitos ...

Y Drevesinín arreó la vaca.

Ya Afanasij Petrovich había dado una vez más la vuelta a las tiendas, cuando en el momento de montar nuevamente a caballo, algo se le ocurrió de pronto:

—¡Un biberón! ¡Necesitamos un biberón! ¡Diablo! Ya se nos olvidaba!

Y se precipitó a las hurtas en busca del biberón. Las hogueras se habían apagado. Afanasij había agarrado un tizón y buscaba, haciendo saltar las chispas y tosiendo por causa del humo. En una mano blandía el leño chisporreante, en la otra un revólver. Pero no encontraba el biberón. Las mujeres, con el rostro cubierto, yacían de espalda en el suelo, dóciles. Los niños plañían. Afanasij, enfurecido, gritó a una joven kirguisa en una de las hurtas:

—¡Un biberón, canalla, en seguida un biberón!

La mujer lloraba y comenzó a desabrocharse apresuradamente el caftan y después la camisa.

—*Ni kirek ... al ... al.*

A su lado lloraba un niño de teta envuelto en harapos. La mujer cerraba las piernas.

—*Al ... al.*

Afanasij Petrovich le agarró un pecho, apretó el pezón con los dedos y emitió un alegre silbido!

—Precisamente ... ¡Qué mejor biberón! ...

—*Ni kirek ... Ni ...*

—Basta ya de *kirek* ... Lo que quiero es esto otro ... ¡Arrea!

Y la arrastró de un brazo. El tizón cayó al suelo. La sombra volvió a reinar en la hurta. En la oscuridad, atravesó la mujer sobre la montura del caballo y galopó a rienda suelta hacia el campamento de Selivanov. De tiempo en tiempo, tentaba el pecho de la mujer.

—Ya está, muchachos—gritó alegremente con lágrimas en los ojos—. Mejor no podía encontrar.

5.

Ya en el campamento, Afanasij se dió cuenta —en la oscuridad no había notado nada—de que la mujer había traído consigo a su niño.

—Es igual—dijeron los *mujiks*—; hay leche de sobra para los dos. Tenemos una vaca y la mujer es robusta.

La kirguisa era silenciosa y arisca. Daba de mamar a los niños oculta, sin que nadie la viese. Los dos niños estaban acostados en su tienda—uno blanco y otro amarillo—y lloraban al unísono.

Pero una semana después, Afanasij Petrovich hizo esta declaración en una asamblea general:

—Nos engaña, compañeros. Esta maldita kirguisa no amamanta a los dos como es debido; da primero a su niño todo el pecho y al nuestro las sobras. Lo he observado por mí mismo.

Los *mujiks* quisieron comprobarlo. Los niños eran como todos los niños; uno blanco, otro amarillo como un melón maduro. Sí; parecía, en efecto, que el ruso estaba algo más delgado.

Afanasij Petrovich estaba conmovido.

—Ya le había dado nombre ... Se llama Waska ... y ahora, mira lo que nos hace ésa ....

Dravesinín apostrofó al niño:

—¡Qué delgaducho estás, Waska!

Se trajo un palo largo, y se le cruzó sobre la lanza de un carro, tanteando hasta que ninguno de los dos brazos levantó más que el otro. A cada extremo suspendieron un niño para ver cuál pesaba más. Los niños, envueltos en trapos, lloraban, colgados de las cuerdas de crin trenzada. Un penetrante olor a pañales trascendía de ellos. La mujer también estaba allí, junto al carro; no comprendía nada y lloraba. Los *mujiks* miraban en silencio.

—¡Suelta!—dijo Selivanov.

Afanasij Petrovich dejó libre a la balanza y el niño ruso subió de golpe.

—Mira, mira, diablo amarillo!— prorrumpió Afanasij, colérico—. ¡Mira si has comido de firme!

Entonces, alzó un cráneo de carnero que por allí había y lo puso sobre la cabeza del pequeño ruso. Con este suplemento, los niños pesaron igual. Los *mujiks* alborotaban y gritaban:

—¡Una cabeza más! ¡Le ha dado de mamar una cabeza más que al nuestro! ...

—¡Tenemos que abrir el ojo!

—Fiera salvaje!

—Pero algo más hemos de hacer que compadecernos del pequeño.

Todos estuvieron de acuerdo.

—Hay que vigilarla.

—Después de todo, es su madre ...

Afanasij Petrovich azotó el suelo con el pie, chillando:

—Entonces, ¿va a perderse un alma rusa por este muñeco sin bautizar? ¿Vamos a dejar que perezca Waska, eh?

Los mujiks miraron a Waska, tendido, pálido, enclenque.

Por fin, Selivanov habló así a Aafanasij Petrovich.

—Llévatelo ... Ya sabes ... En nombre de Dios, debe morir ... El kirguis, quiero decir ...

Ya hemos matado muchos... uno más...

Los *mujiks* contemplaron una vez más a Waska, y se separaron en silencio.

Afanasij Petrovich cogió al kirguis y le envolvió en un saco remendado.

La madre ululaba. Afanasij la aturdió de un puñetazo en el rostro, y salió al campo.

6.

Dos días después, desde la entrada de la tienda, los *mujiks*, de puntillas, miraban unos por sobre el hombro de los otros cómo la mujer amamantaba al niño blanco. Ella humillaba su rostro quieto; sus ojos eran estrechos como los granos de la avena; llevaba caftan violeta y zapatos de tafilete. El niño hundía la cara contra su seno, rebuscaba con su manita entre el caftan, y pataleaba cómicamente con sus piececillos, como si hiciera punto de lana. Los *mujiks* reían ufanos. Afanasij, que miraba tiernamente al rapaz, dijo, con su voz nasal de niño llorón:

—¡Miradle, cómo se atraca!...

Por detrás de la tienda corrían los valles, las estepas, toda la tierra de la Mongolia extraña, hacia ignotas lejanías. Quién sabe adónde corre la fiera salvaje y triste, la Mongolia...

Vsevolod Ivanov

Lectura y glosa de escritores venezolanos

= En el Casino Municipal de la Exposición Ibero-Americana, Sevilla, 1929, el día 26 de octubre de 1929, con motivo de la SEMANA DE VENEZUELA. =

(y 2.—*Véase la entrega anterior*)

El breve fragmento que leeré de Rafael María Baralt, corresponde a su Discurso de recepción en la Real Academia Española, caso por cierto a mi entender excepcional en los anales de la ilustre Corporación, puesto que ya ella con amplio sentido del hispanoamericanismo, no común en esa época, abría sus puertas para recibir como individuo de número a un extranjero por su nacionalidad, aunque no por sus sentimientos y por la devoción con que depuraba nuestra lengua matriz, como era Rafael María Baralt, nacido en Maracaibo en 1810, a la margen del azul lago venezolano, que ahora refleja las altas torres de las fábricas tentaculares. El relámpago del Catatumbo, que sin cesar alumbra aquellas regiones como ritmo ardiente de su seno, iluminó la juventud de Baralt, quien después inquieto y andariego vivió en la siempre hospitalaria isla de Santo Domingo, y en Bogotá la erudita para cursar latinidad, en Caracas para estudiar matemáticas, en París para publicar su *Historia Antigua y Moderna de Venezuela*, en prosa a lo Tácito, y por último en Madrid, donde desempeñó cargos públicos de importancia y donde murió y reposan sus cenizas. Cazador de términos que clandestinamente se introducen en nuestro idioma, en su *Diccionario de Galicismos*, su puntería acierta con frecuencia, aunque en otras hiera vocablos de inocente intención o por lo menos que el uso adopta como deudos de la familia latina. Sin embargo, como veréis en los cortos párrafos que voy a leer, coordina, sin intransigencias académicas, la libertad de la forma que distingue a cada escritor con la índole del idioma en que se expresa:

En vano se dirá que cada época literaria, como distinta de las anteriores, ha menester una manera también distinta de expresarse. Porque cuando, dócil instrumento de la inteligencia, puede una lengua manifestar en modo bello y formas adecuadas las más finas abstrusas operaciones de la mente, los más eficaces y variados afectos del ánimo y las infinitas impresiones del cuerpo y del espíritu, semejante lengua ha llegado a toda la perfección de que son susceptibles las cosas humanas, y nada más necesita en la sucesión de los tiempos, sino aumentar su caudal siguiendo los progresos de la civilización y rejuvenecerse en las fuentes vivas de su propia historia.

Es el arte un compuesto de forma y fondo, o si decimos de cuerpo y alma, al cual no es menos necesaria la inteligencia que piensa, que la voz que dice lo pensado. Ni pura materia, ni puro afecto ni espíritu, sino muestra y símbolo de nuestra triple naturaleza corporal, moral e intelectual, es el resultado de la concordancia de todas las facultades humanas y tiene por órgano indispensable la palabra hablada o escrita, esto es, la lengua.

Háblase de preferir el fondo a la forma y no se advierte que, de cualquier manera que se separen estas dos cosas, enlazadas por la naturaleza con indisoluble parentesco, se llega por diferente camino, pero siempre con toda seguridad, a la barbarie. Si las ideas se hallan forzosamente encarnadas en la forma y es ésta lo primero que, al modo de los objetos materiales, hiere los sentidos, ¿cómo degradando la una elevaréis la otra?, ¿cómo separaréis el signo del pensamiento y el pensamiento del signo? Por cierto en su perfecta armonía estriban la belleza de las artes, el triunfo del ingenio a los verdaderos goces literarios.

En cuanto adorno del espíritu, requiere, sin duda, la elocuencia una correlativa y común madurez en las demás artes; y como medio de acción y persuación, necesita de la violencia de las pasiones, de la influencia de grandes intereses, ora populares, ora individuales; pero ni en estos aspectos, ni en ningún otro bajo el cual se la quiera considerar, puede ni debe jamás eximirse de la obediencia a los principios y reglas literarias; porque ellas no han venido a ser tales por la sola autoridad de Aristóteles ni Horacio, sino por la autoridad soberana de la Naturaleza, que es el tipo invariable y eterno de lo bello.

Libres somos para elegir las formas que nos plazcan; pero cuanto mayor sea la libertad, tanto así conviene más que el escritor y el orador se penetren de la idea estricta y rigorosa de las propiedades técnicas del arte, bien como de sus condiciones de dignidad y fines útiles... No hay estilo absoluto y determinado, es verdad, atento que cada prosista y cada poeta tiene el suyo, que le distingue entre todos y es como el emblema de su personalidad y de su carácter: pero si el estilo libre distingue y caracteriza al escritor y al orador, la frase caracteriza y distingue al idioma; por manera que, para ser a un mismo tiempo original y nacional, es preciso hablar o escribir, con estilo propio, sí, pero en el lenguaje de la patria...

De suntuoso fulgor es el verbo de Cecilio Acosta ¿Mas qué puede añadirse comparable al elogio diamantino con que le exalta el insigne cubano José Martí? De una timidez casi enfermiza, su vida discurrió con pobreza franciscana en la Caracas de entonces. El Perú le ofreció asiento digno de sus méritos, pero que el suave Cecilio rehusó, agradecido a la siempre generosa hermana nuestra, prefiriendo a la riqueza prometida la sombra platónica del árbol que cobijaba el patio de su casita blanca.

De la obra tan extensa de Cecilio Acosta elijo este ejemplo expresivo de su inteligencia admirable, en el que engasta, como gemas en el metal precioso de su lenguaje, fúlgidos nombres de la historia y de las letras castellanas:

...La grandeza histórica, después que pasa, tiene sus peligros, porque, o quedan los recuerdos que desvanecen, o las tradiciones que extravían, y hay que contar con el tiempo para que vengan otras ideas. España, muy desde los principios, fué halagada por la fortuna, bien que debido esto en gran parte a su valor. Su nobleza tenía lo rudo junto con lo grande de los héroes de Homero, armas pesadas, alto orgullo y altos hechos; más cortés que galante, más dura que lisonjera; ganosa siempre de luchas y en las luchas coronada. Sus ricos-homes reyes de armas, pajes, infanzones y donceles, subían y bajaban en los días clásicos las escaleras del Alcázar, no para festines palaciegos, sino para el servicio de la guerra o los mensajes de la gloria. Tuvo adalides como Bernardo del Carpio, que no cupo en menos que en romance, como el Cid, que pudo decir a Fernando VI, después de la toma de Valencia, que le traía ganados otro reino y mil fronteras, *como Suero de Quiñones, que tuvo* Paso honroso *por la honra, como Hernán Pérez del Pulgar*, el de las Hazañas, *porque las hizo; y cuando la consolidación de la monarquía, iniciada desde los Reyes Católicos, alcanzó a su mayor consistencia en tiempo de la rama de Austria, el cetro español puso tanto miedo en todas partes,*

que llegó a ser en Europa la señal de la guerra o de la paz. El poder de España rayó tan alto entonces, que cuando sus naves cruzaban el océano, llenas de capitanes o tesoros, se decía que iban a conquistas o que venían de ellas, y en las islas más remotas su nombre era el temido. Tuvo virreyes por súbditos, imperios por provincias, paralelos al Ecuador y meridianos por unidad de medida, y dos mundos en que asentar sus pies.

El último esplendor de las letras, bien que vivísimo aún, fué en tiempo de Felipe IV, príncipe más amigo de las delicias de la corte que del afán del gabinete, y que si no alcanzó malgastar toda su herencia de gloria, fué sólo por lo rica; vino después la decadencia: Carlos II lo que hizo fué morir sin fruto y legar una guerra de sucesión; *y en cuanto a los Borbones, salvo Felipe V, por el estímulo que dió a la fundación de varias sociedades y academias, entre ellas la de la Lengua, aprobada en 1713, y la de la Historia en 1738, y sobre todo Carlos III, que infundió su grande espíritu a cuanto le rodeaba y que, al propio tiempo que sonreía a las buenas letras, creaba cátedras de derecho público y fomentaba los estudios económicos, los demás reyes, o carecieron de ocasión o no tuvieron aliento para dar vitalidad propia y conveniente a un cuerpo inmenso social que había entrado en postración.*

De ninguna manera vaya a entenderse que España ha dormido en los estudios. Esto no fué sino un cotejo con la edad de oro. Lo contrario ha sucedido, mayormente en este siglo, en que el ardor de saber y el cultivo de la lengua han tocado a una altura que honra a la nación. Se lleva por muchos el lirismo de la oda a un punto verdaderamente pindárico, hasta dar a alguno de ellos el laurel. Reaparece con toda su pompa y donosura en las obras del Duque de Rivas el romance de los antiguos Cancioneros y Florestas, *de Góngora y de Lope, así en el ligero octosílabo como en el grave verso heroico, por medio del cual vuelven otra vez a la memoria los alardes vistosos hechos en las plazas de Burgos la real, y las danzas amorosas en los salones de la Alhambra. Ruy Díaz que ennoblece con su sangre a tantos reyes, y el rey Búcar, que huye sólo de una sombra; así como la alta bizarría de los antiguos caballeros castellanos, criados en buenos respetos, y que amaban la guerra por la honra y la honra por las damas, al par que los juegos moriscos en la Vega de Granada, para ostentar en cuadrillas entrelazadas y airosas, y delante de ojos a quienes no pesaba de ello, destreza y gala, divisas y letras, y capellares, alquiceles y marlotas. El drama, ya regularizado desde el tiempo de Moratín, se despoja de viejos resabios, deja la concha para quedarse con la almendra; y entre otros, en Bretón de los Herreros, honra de un Cuerpo ilustre que le honra a él también, es tanta la naturalidad, que los retratos salen limpios como de espejo; y tal es el candor, la gracia y la soltura, que el autor burla sin mofa, el que lee ríe sin saña, y hay velo para el decoro, chistes para el donaire y bromas finas y urbanas en que va la corrección y no el veneno. En las* Vidas *de Quintana se nota el desenfado y la filosofía de Plutarco, con más lima, eso sí, y más al tiempo; la manera gentil de Melo, que trabajaba siempre al torno, y la frase heráldica y cuidadosamente sencilla de Mariana, que no envejece nunca.* Memorias *hay donde la obra es de talla; y crónicas, algunas de ellas de tinte caballeresco y referentes a tiempos remotos, donde se ven los trajes, los usos, el lenguaje, el escudo de armas, el relieve y hasta el polvo nobiliario del siglo . . .*

Fermín Toro, diplómata intachable y hombre de justicia, representa entre nosotros la mesura en el decir, sin arrebatos retóricos, la voluntad que sabe imponerse al ímpetu de las pasiones, tan frecuentes en nuestro temperamento tropical, el dominio de la razón sobre la sensibilidad desordenada. De allí que riese del fantasma romántico que encontrara lacrimeante en uno de sus paseos nocturnos por la Caracas de antaño, aunque hurgando un tanto en su alma vislumbraríamos, en el fondo, al sentimental desengañado, sobre el cual hubiera pasado sin alterar la calma de la superficie, la melancolía voluptuosa de Chateaubriand.

Tal acaso le veamos en estas impresiones, extractadas de su carta a un amigo, de un baile en la España de Isabel II, en la que fué el cumplido caballero de América, sin gestos de exhibicionista de plaza pública ni de trepador de escaleras cortesanas. Hasta esa noche, en el jardín florido de la Reina, había sido Fermín Toro adorador del tipo de civilización británica y de la ideal beldad inglesa, pero la mujer española le sedujo con sus hermosuras y gracias encantadoras, revelándole a la vez el sentido más profundo de la raza, que mejor que en la reflexión y en el ascenso a las cimas de la inteligencia, suele manifestarse en la contemplación ingenua o amorosa de la belleza femenina, como símbolo eterno de la familia humana a que pertenecemos:

. . . Vagué por el jardín. En él no había noche: era de día. En algunas alamedas se veían corros de damas y caballeros que huían del baile, aquellas agrupándose, como las Gracias, bajo los bosquecillos de arrayán; éstos a fuer de finos y galantes sirviéndolas, y admirando sus poderosos encantos: unos y otros luciéndose de ingeniosos y entendidos. Alguna alameda lejana o solitario bosquecillo veían vagar una que otra dama romántica y silenciosa. Una divisé de pálida frente y mirar lánguido que llevaba una corona de moradas pasionarias, símbolo de un tierno y temprano padecer; otra recostada al tronco de un álamo y que poniéndose una mano sobre el corazón repetía a una amiga que tenía al lado, aquella sentida querella del lírico italiano:

Sentirsi o dei, morir
E non poder mai dir:
Morir mi sento!

Cierto, dije para mí, es imposible no sentir, en una noche tan bella y tan apacible, a la luz de las estrellas y en medio de tantos objetos seductores, la necesidad de amar. Sí, amar es vivir, y es vivir la vida del bienaventurado, mientras los goces no mancillan el alma, ni depravan los sentidos.

....

Corrían entretanto las horas, y en los intermdios que dejaban los rigodones, hacían damas y caballeros frecuentes paseos a la gran galería de la estufa, donde un rico ambigú ofrecía al gusto y a la vista gratos y exquisitos objetos. Al otro lado del jardín en un hermoso cenador, estaba la gran mesa donde se servían con profusión los más deliciosos sorbetes y otras bebidas refrigerantes. Todo era magnífico y suntuoso, todo bello, todo arrebatador, y a no ser que la fuerza humana flaquea en todo, allí habríamos visto sin fastidio nacer un sol y otro sol.

....

Pobres mortales, hasta el placer nos mata. Los sentidos fatigados experimentaban ya la necesidad de huir del ruido y de la luz, para entregarse al reposo de las

sombras y del silencio. La fiesta terminaba. La escena desaparecía poco a poco a la manera que se desvanece el colorido en la perspectiva aérea de un cuadro. Noche deliciosa, adiós. El día te seguirá, acaso triste y afanoso. Así pasa veloz la vida; así, tras el primer beso de amor, llega ¡ay!, y nunca tarde, el suspiro de la última agonía.

Ya las copas flexibles y pampanosas de los árboles se mecían blandamente al soplo de la auras matutinas. Rayos de luz rosada se cruzaban en el nacarado oriente y las sombras fugitivas corrían veloces a ocultarse tras el opuesto horizonte.

....

Si el tiempo de que disponemos en esta lectura no estuviese limitado y no fuera la índole de estas notas referirse especialmente a algunos maestros de la literatura venezolana en su primera época, insistiría ahora en inquirir cómo desde sus orígenes y bajo la inevitable presión de influencias ajenas, van nuestras letras solicitando caracteres propios, según ya apunta en Andrés Bello y, en el género festivo, para citar un ejemplo, en estas escenas de la descripción de una fiesta de toros, por Jesús María Sistiaga: juego de valor y galantería y en el que para el jinete y su dama, bastaban la calle adornada con banderolas y cintas multicolores, en la alegre tarde de los domingos populares; democrático deporte, más de acuerdo que otros de moderna introducción, con las viejas costumbres venezolanas, heredadas, por cierto, de esta clara Andalucía de nuestros abuelos:

Era la tarde de un hermoso día
En que todo convida a la alegría;
El sol recoge un tanto
Su comburente manto
Y por los aires trina
Sus cantos latimosos
En dejos amorosos
La tierna golondria:
Mil bellezas galanas
Adornan las ventanas
De cuatro calles reales
Cercadas por los puntos cardinales.
Ello es que había novillos
Con lazos en los cuernos, amarillos,
Juntos en el toril, como en chiquero:
La tarde, lo olvidaba, era de Enero.

....

Pues, señores, al caso!
Veinte potros al paso,
Rucios, zainos, overos,
Van montados por sendos caballeros,
Llamados en la silla hacia adelante
Con un aire triunfante,
Como que en tales sustos y tropeles
Han de segar manojos de laureles.
El uno allá en la esquina
Requiere su pretina
Y ajusta por entero
La robusta cintura con un cuero;
El otro que la cincha siente floja,
Del caballo se arroja
Y alzando la coraza con la frente
La aprieta fuertemente;
Que es cosa dura y de muy mal agüero
Salirse por las ancas de un trotero;
Cual, viendo a su querida
Tras la reja escondida,
Ase del hierro con robusta mano,
Sobre un estribo, ufano,
Descuelga el cuerpo todo
Con garbo y de tal modo
Que escuche la querella
De su amorosa bella
Para que no se exponga de tal suerte
A recibir la muerte;
Todo con gran secreto,
Que es hombre el coleador azaz discreto.
Mas ... ay ... que ya revienta
Enhiesta la cerviz,
Alta la cola,
Cual bala de pistola,
Un novillo de cuenta,
Rasgando el aire con la hendida planta
Con tal velocidad, con furia tanta,
Que la calle despeja
Y todo el mundo ceja
Huyendo cual bandada de palomas;
Que la fiera, por Dios, no está de bromas.

. . . .

Pues como iba diciendo de mi cuenta,
Más ligero que el viento
Corría, desalado,
Un novillo encerado
Y detrás, cual cohetes,
Un grupo de ginetes
Disputando con voces y con maña
La cola de la rápida alimaña:
Horrible trance, fiero,
Para el toro, caballo y caballero.
En ese crudo instante
No hay nada que no espante
A los espectadores,
Ni que arredre a los bravos coleadores,
Que para ver contentas a sus damas
Son hombres que se arrojan a las llamas.
Firmes en los arzones,
Recogido el aliento,
Sin compasión ni tiento
Aguijan sus bridones
Y aprietan las rodillas
Y crujen de los potros las costillas;
Que les va en su destreza
El puntillo de honor y la cabeza.

. . . .

¡Oh distracción preciosa,
La más grata y sabrosa
Que pueden contemplar humanos ojos!
Casi me dan antojos
De retar a los pueblos de la Europa,
Que marchan viento en popa,
A que digan si puede haber cultura
Donde no hay coleadura,
O si pueden haber artes y ciencias
Sin aquellas torunas emergencias.

Yo pues que sólo he sido
Un narrador cumplido,
Doy gracias al Eterno,
Pues que, por su bondad o su clemencia
Escribo aquí donde la misma ciencia
No vale tanto como vale un cuerno.

Ved ahora esta yerbecilla de la poesía anónima de nuestro pueblo y expresión del alma llanera, arrancada al pasar, entre mil, del suelo inmenso de la Pampa venezolana:

Mataron a Pedro León,
el de la yegua alazana
y regó toa la sabana
con sangre del corazón.

Noche, tristeza, dolor.
Junto al tranquero del hato
lloran el toro araguato
y el turupial cantador.

Los caimanes en el caño,
las yerbas en la pradera
y entre el mogote la fiera,
suspiran un mismo daño.

Mataron a Pedro León.
No se murió de un lanzazo;
lo hallaron junto a un yaguazo
estirao y caritieso.
Mataron a Pedro León ...
Catira, tú, con un beso,
Le arracaste el corazón.

Los graciosos versos de Jesús María Sistiaga y el trágico poemita criollo de amor popular que acabo de leeros, podrían servir de introducción a un esbozo del folklore venezolano, ya imposible de hacer memoria por la extensión de este comentario, así como estudiar, siquiera ligeramente, la evolución de nuestra literatura vernácula a lo largo del siglo XIX hasta los días presentes y a la que críticos, periodistas y diletantes extraños no han solido prestar tan delicada o curiosa atención como a la de otros países americanos, en ese sentido más afortunados, quizás por suponer también pobre nuestro territorio espiritual, o tal vez por obra del carácter de nuestros escritores que, por lo regular, sea por orgullo o por desconocimiento de su propio valer, se satisfacen con el aplauso discreto o generoso de reducidos círculos, sin aspirar a más ruidosas o halagüeñas glorias. Mayor tiempo requeriría sólo la enumeración de los grandes y en ocasiones magistrales poetas y prosistas de este período, además con el peligro de incurrir en omisiones que, no por involuntarias, dejarían de provocar resentimientos en la viviente grey intelectual y acaso desatar sobre mi débil cabeza el proverbial genio irritable de los vates inocentemente preteridos. Mas ello es, como final y resumen de esta ya fatigante lectura, que en Venezuela, a través de nuestra existencia, casi siempre azarosa, ha subsistido el amor a la belleza artística y el culto de los nobles pensamientos y que poemas, novelas, estudios históricos y críticos, expresan entre nosotros, por lo general hoy mejor que ayer, nuestras modalidades geográficas, morales y verbales y reflejan ahora con más exactitud nuestros paisajes y ambientes, sin duda con la marcada tendencia a lograr, dentro de la tradición de la gran Sociedad de naciones hispano parlantes, nuestra completa autonomía literaria.

Pedro Emilio Coll

Estampas

A propósito del Congreso del Niño

El testimonio del deán Swift

=*Colaboración directa*=

El que en nuestra época se inspirara en Jonatán Swift para revivir la pedagogía de hace dos siglos, resultaría inhumano. Y por esa inhumanidad el mundo lo condenaría al desprecio. Swift imaginó cosas terribles para estos tiempos en que la voz coge solemnidad al hablar de los sagrados derechos de los padres y de la santidad del hogar. Según el deán, el niño no nace obligado al padre que lo ha engendrado, ni a la madre que ha padecido los dolores del parto. La vida es miserable y en esa miseria es recibido el niño, con lo cual no se le procura beneficio alguno. En la mente de sus padres no estuvo radiante la idea de concebirlo, y por el contrario, en las «lides amorosas tenía bien distinta ocupación» el pensamiento conyugal. No hay por eso que llamarse a engaño. Los padres carecen de primacía sobre sus hijos. ¿Que deben educarlos? Pues su opinión es que «los padres son los últimos a quienes debe confiarse la educación de sus propios hijos». Apenas tienen edad, no edad escolar, sino aquella en que sus almas son propicias al influjo exterior, hay obligación de llevarlos a establecimientos públicos para que los críen y eduquen.

Así exponía Swift sus ideas. Cuántos al conocerlas se indignarán. Hemos pensado en ellas en víspera del Congreso del Niño, que es decir, en presencia de un gran suceso. Un Congreso de esa índole es el llamamiento a las gentes preocupadas para que expongan por escrito todos los problemas relacionados con el niño y las formas de solucionarlos. Y desde luego todo ha de ser mirado con las ideas modernas, sin retroceder. Swift no cabe en la ideología de un Congreso actual. ¿Quién osaría desenterrarlo, presentarse a un jurado con él sin ser tenido por irrespetuoso? Pero siquiera por desentonar, por sugerir que el respeto tiene muchas maneras de manifestarse, sería importante que alguien se pusiera en pláticas con un espíritu cuyas ideas fueron la expresión de un mundo perdido en la oscuridad de hace dos siglos.

Las ideas pedagógicas de Swift son extravagantes. A la mente del deán debieron llegar como consecuencia de la vida descuidada de los hombres. Son originales, porque no trabajan en un mundo lejano, es decir, porque no teorizan. Y si no teorizan es porque los problemas diarios las han ceñido a una realidad humana. Seducen por esa extravagancia. El niño que nace no viene encadenado a sus padres. ¿Qué piensan inmediatamente los sensibles, los que proclaman sin cesar los sagrados derechos de los padres? ¿Qué pensaría el jurado ante quien compareciera el glosador de las ideas de Swift? Para todos habría alarma, desaprobación. Lo primero que empuñaría sería el arma de la vetustez de esas ideas. No son de nuestro siglo. Y el Congreso quiere ser Congreso del siglo.

¿Y si oyeran a ese glosador, si alguien le extendiera la mano tolerante? Entonces los pregonados derechos de los padres dejarían de tener esa rigidez de látigo que los vuelve invulnerables. Entonces la santidad del hogar perdería todo lo que tiene de leyenda. Porque al amparo de esos principios la vida se ha llenado de artificios, de mentiras, de amarguras. Los padres traen al mundo a sus hijos y en cuanto no más la creatura da el primer grito se la considera obligada a todos los acatamientos existentes. ¿Con provecho de quién? De nadie. En cambio puede decirse que con daño de muchos. Los padres juzgan que ellos están siempre a un nivel muy superior que el de la rudimentaria vida de los niños. Estos no darían un paso seguro sin el auxilio de los mayores. Se les rodea, se les ciñe, se les encauzan sus pensamientos, sus deseos, sus hechos, su vida entera. El resultado es un ser moldeado a imagen y semejanza de sus progenitores. El mundo sigue poblándose de vidas iguales. Los padres, desde que ya lo son, aparecen en posesión de derecho sobre su prole. Y los ejercen en la forma que la rutina ha impuesto, esa rutina de siglos, fiera y monstruosa. La afirmación de Swift que niega obligación de los hijos hacia los padres, nos parece de gran importancia, porque tiende a acabar con esa rutina. Lo natural es considerar al niño que nace como una creatura enteramente nueva. Es una vida con su aurora propia. La luz de su amanecer no le viene de la voluntad de sus padres. Estos van alumbrando su propio destino. El error grande de la educación influida es decir al padre que sus derechos sobre el hijo le dan el don de proyectarse sobre el destino de aquel. Cuando lo que habría que hacerle sentir es que los destinos no deben confundirse. Swift así lo comprendió y por eso negó tan enfáticamente.

A muchos parecerá necia la apreciación de Swift, pero cuando se reflexiona a través de ella la vida, aparece llena de una profunda sabiduría. Los padres no son la palabra final para los hijos. Hay que buscar fuera de su alcance la crianza y educación. Precisa crear la institución pública que cumpla con esta tarea decisiva. Hay que crear seminarios de almas. Los hogares no lo hacen. La miseria cunde en ellos y se extiende voraz sobre los hijos. La miseria en todas sus formas. No simplemente la que vuelve anémico el torrente circulatorio, sino la que arruga y deforma el espíritu. Por eso los hijos deben volver al hogar cuando estén moldeados, cuando ya no exista peligro de que los vicios y hasta las virtudes de los padres los contagien.

Todo eso dice a la mente reflexiva la meditación de Swift. Son cosas atrasadas, indudablemente, porque las concibió hace dos siglos el deán sutil. Pero son cosas interesantísimas, dignas de prender en pensamientos inquietos. A nosotros nos conmueven y quisiéramos verlas conmoviendo a muchas personas más. En vísperas del Congreso del Niño resultan necedades. Sin embargo, cautivan. Cuando vemos los millares de creaturas que pueblan nuestros hogares en donde hay dolor llevado por los vicios, por la miseria, pensamos que la suerte de un país está amenazada seriamente. ¿Qué hombre, qué mujer crecerá en estos hogares deprimidos? Los padres padecen herencias de siglos y fatalmente las trasmiten íntegras a sus hijos. ¿No es entonces urgente acabar con esa imposición maldita? Los padres son los últimos a quienes debe confiarse la educación de sus propios hijos, dice el deán Swift. Voz de sabiduría. No hay educación posible en hogares vacilantes. El medio enfermo ahoga la vida libre del niño. Es preciso fundar la institución que cuide de las almas, que les conserve libre la altura por donde fulge la luz. Y para esto hay que acabar con la tontería de los derechos sagrados de los padres y de la santidad del hogar. Para esto hay que darle la razón a Swift. Si hubiera que llevar al Congreso del Niño el parecer extravagante, Swift mejor que nadie lo ofrece. Pero un Congreso trabaja con ideas de la época Y estas están distanciadas enormemente de las del deán.

Lo mejor es seguir con el hogar respetado exteriormente. El fundamento de toda sociedad es el hogar tal como existe, miserable, opulento, débil, fuerte, bello, ridículo. Por eso se saca de él al niño que lo represente. Por eso mismo se pide recuento de sus problemas y de los medios de resolverlos. Las ideas atrevidas no tienen cabida. ¿Cómo pueden tenerla en un medio secular? Irían contra la rutina también secular.

Seguimos reflexionando en todo lo qu[e] sea preocupación noble por los niñ[os]. No abandonamos a Swift. Parece h[a]bernos clavado hondo un garfio cautivador. Los niños merecen cuanta protección conciban los hombres. Pero los hombres a menudo necesitan de la protección de los niños, para recibir el recuerdo de que son creaturas sutiles a las cuales es más posible hacer perjuicios que bienes. Swift pretendió alejar todas las posibilidades de daño en la vida de los niños. Pero presentarse en un estado tan avanzado de la cultura llevando de la mano a un cadáver de dos siglos, es inhumano y anacrónico.

Juan del Camino

Cartago y abril de 1931.

La casa abandonada

= De *La Prensa*. Buenos Aires =



Rosalía de Castro

Los que escriben para el público suelen recibir muchas cartas; las recibe también el autor de estas líneas; no por su persona, que es bien modesta, sino por la autoridad y la difusión de los periódicos en que escribe; dos únicos periódicos: una en la península ibérica, y otro en la Argentina. Entre el turbión de cartas llegadas estos últimos días, una epístola interesante: una carta de un oficial de Correos. Tengo viva, vivísima simpatía por el cuerpo de Correos; es excelente en España; a pesar de lo menguado de los sueldos, se esfuerzan los empleados postales en realizar su cometido con verdadera perfección. El oficial de Correos que me ha escrito se llama Pedro Claramonte; es ambulante de Madrid a Vigo; parece cosa entretenida el viajar siempre, el viajar a la continua, el viajar todos los días del año; viajar es el mayor de los placeres; lo dice todo el mundo; los viajes instruyen y deleitan; también dice esto todo el mundo; sobre todo, lo dicen los que viajan sin darse cuenta de nada. Pero, en fin, no divaguemos; no usemos de la ironía para regatear el provecho y el placer de los viajes; nos pueden decir que somos viejos regañones; nosotros podemos contestar que el mayor filósofo moderno, Manuel Kant, no salió nunca de su pueblo. La disputa sería interminable; vamos con nuestro buen amigo Pedro Claramonte; este buen ambulante de Madrid a Vigo, para entretenerse en los ratos que el fatigoso trabajo de la ambulancia le deja libres, tiene una preciosa máquina fotográfica; con ella va captando, aprisionando, archivando los paisajes más bonitos que encuentra en sus andanzas, los pueblos, los monumentos, los tipos, las montañas, los mares, los ríos; cuando, fatigado, regresa a su hogar, Pedro Claramonte goza en mostrar a los suyos todo este caudal de cosas y figuras que él ha recogido.

Y aquí en su atenta, amable carta, vienen incluídas algunas fotografías que Claramonte ha hecho en alguna parte del Noroeste de nuestra amada España. ¡Qué interesantes son! Una casita, un jardín, una solana o carasol. Contemplo estas fotografías durante largo rato. Y quiero que el lector de *La Prensa* también las vea. Acompáñeme el lector; juntos con el buen Pedro Claramonte vamos a ir a los lugares donde han sido tomadas estas vistas. El Noroeste de España. Un pueblecito; en el pueblecito, una casa; la casa está cerrada; cerrada desde hace mucho tiempo. Las casas cerradas tienen una profunda melancolía. Un poeta castellano, que fué muy combatido en su tiempo, Emilio Ferrari, es autor de un poema en que se describe una casa campesina cerrada.

Hace ya muchos años que, desierta,
sin que se abra jamás aquella puerta,
que el viento azota y la humedad carcome,
con tristeza la mira el aldeano
de los contornos, aguardando en vano
que un ser viviente a su dintel asome.

Donde el ser viviente debía asomar es en el umbral; pero no nos entretengamos en este pormenor. La casita que vamos a visitar con Pedro Claramonte tampoco está habitada; no se asomará a su umbral ningún ser viviente. Hemos traspasado una cerca; estamos en un jardincito; la maleza lo invade todo; los árboles, sin podar hace mucho tiempo, dejan crecer su ramaje bravíamente. Nos detenemos ante una losa ancha de piedra; junto a esta lancha se ve un banco; hay también una especie de sillón de piedra con respaldo. Mesa, banco y sillón aparecen medio cubiertos por la fronda de los árboles. Silencio profundo; quietud inalterable. En esta mesa de piedra se podría escribir; se escribiría en medio de la soledad, del sosiego, del silencio gratísimo. Aquí, un poeta haría seguramente versos magníficos, poemas henchidos de dulzura y de emoción. No nos decidimos a dejar este lugar de reposo, verde y callado. Pero la casa nos espera. La puerta se halla cerrada. Es una puertecita, como verá el lector en la fotografía, que no tiene nada de particular; mas, precisamente, estas puertas anodinas, vulgares, son las que que más nos atraen. Una profunda melancolía se desprende de la puertecita y de la casa toda.

No sé que extraña sensación de frío,
qué malestar de ausencia y de vacío,
produce al caminante aquella ruina,
cortando sobre el pálido celaje,
la monótona línea del paisaje,
a la luz de la tarde que declina.

La tarde va declinando, en efecto; en esta hora de tristeza y de meditación, es cuando vamos a franquear la puertecita; puertecita que, seguramente, va a chirriar con dulzura, como quejándose—quejándose del abandono—al ser abierta. Nos detenemos un momento en el umbral; estamos emocionados, hondamente emocionados. Echamos, antes de entrar, una ojeada al paisaje. El paisaje es verde, húmedo, con arboledas, con colinas suaves revestidas de césped sedoso; el cielo, de un gris de plata, pone en nuestros nervios una dulce y deleitosa sedancia. Hace muchos años, una mujer que vivía en estas tierras, fué a Castilla; Castilla con sus llanos inmensos, polvorientos en el verano; Castilla radiante y desnuda, hizo que esa mujer sintiera más vivamente que nunca el amor a este dulce y voluptuoso paisaje. No podía ella acomodarse a los llanos de Castilla.

Fixestes tan tristes llanos,
mais fixecheos, Dios cremente,
soyo para os castellanos.

Para los castellanos los llanos infinitos y sin árboles; para ella, los apacibles prados y las arboledas verdes, bajo un cielo de plata oxidada. ¿Hemos meditado ya bastante en la puerta de la casa? Entremos; las estancias son chiquitas; en una de ellas encontramos un baúl; lo abrimos; vemos en su fondo una corona funeraria. La contemplamos en silencio; por la puerta de enfrente, se ve el remate de los árboles. Franqueamos esa puerta y nos hallamos en una galería. Desde su barandal de madera, acodados en el tosco pasamanos, atalayamos el reducido jardín. ¡Cuántas veces se habrá asomado a esta solana alguien que vivía en la casa! Alguien que sentía la sugestión de este paisaje mejor que la ha sentido nadie. Acaso, cuando estamos contemplando el jardín desde la solana, llega a nuestros oídos el eco lejano de una canción; nos sentimos conmovidos hasta el fondo del alma. Esa canción es una música suave, gemidora, de una dulzura profunda, como un canto litúrgico que se va desenvolviendo bajo las vastas naves de una catedral. Cuando la mujer de que hemos hablado antes estaba en Castilla, triste, acordándose de su tierra norteña, de pronto oyó una canción. Una canción que también hizo vibrar toda su sensibilidad.

De pronto oin un cantar,
cantar que me conmoveu
hastra facerme acorar.
Era a gallega canzon,
era o alalá, que fixo
bater o meu corazón.

Como el corazón de esa mujer, así ha batido ahora nuestro corazón. Y no sabemos, lector querido, cuánto tiempo hemos estado en esta galería, donde se asomaba la mujer que se sintió triste en Castilla; la mujer que vivía en esta casa; Rosalía de Castro, en una palabra. La casita que nos acaba de hacer ver Pedro Claramonte, en Padrón, es la propia casa de la gran Rosalía. La casa se hunde; la casa está hipotecada en dos mil quinientas pesetas; si no se dan esas pesetas, no se sabe lo que va a ser de esa casita sagrada. Sagrada para todos los naturales de Galicia; sagrada para todos los españoles. Y de todos modos las paredes se están resquebrajando, los techos están llenos de goteras. No pasará mucho tiempo sin que la casita sea una ruina. Y Pedro Claramonte me dice que yo haga un llama-

(Pasa a la página 222)

La rosa de los vientos

= De *Cromos*. Bogotá =

De pie, a la orilla del mar, los ojos dirigidos hacia las estrellas, debe estar, como un faro. Es luz lo que de ella se desprende para encantar la noche. Los pequeños barcos de soñadores, que se deslizan sobre el agua aparentemente adormecida, escogen el reflejo de esa luz, para seguir acompañados hasta el punto en donde el cielo se junta con la tierra. El faro parpadea. Juana de Ibarourou ha cerrado los ojos.

Cuando los vuelve a abrir, la luz es de otro color. Tenía antes matices rojos de sensualidad, grises de hastío o verdes de esperanza. Había sido la chiquilla loca que en sus versos pedía la caricia del amado. Había sido la sedienta del goce puro, que no ponía malicia en la expresión de los anhelos que sus hermanas, las mujeres lánguidas, encubren. También había contado su fatiga, su ansia de no ser, la miseria de la vida, que sobre los corazones encendidos del amor y del deseo, pone la fría ceniza del cansancio, del asco.

La luz de ahora es lunar. Es luz lechosa para no encandilar a quienes la contemplan. Y es luz de eternidad, porque todos los pensamientos de la poetisa se dirigen hacia la contemplación total del universo. Tiene preocupación de astros, Su imploración es grave y es aguda. A veces la expresión es de filósofo que ahonda en el porqué de los fenómenos y en el extraño destino de los seres. A veces tien la gracia de la niña, que conserva el ademán destinado a la vida, cuando se dirige a lo perdido para siempre en los abismos nocturnos.

Ha variado su acento. Con su intuición esplendorosa de mujer adivinó los palacios del superrealismo, y por ellos anda, con palabras que la mayoría no entiende pero cuyo hechizo soporta, cual si anduviera por su propia casa. Ya sabe danzar sobre los corazones y ya pide al arquero que derribe para ella el diamante de Aldebarán o las siete cabrillas estelares. La madrugada es "una pradera celeste", y por ella se va la noche con su hoz, que es la luna, decapitando estrellas como si fueran espigas. El ánimo la sigue subyugando. Presiente las novedades metafísicas y a su descubrimiento marcha, pálido el rostro, los labios temblorosos, mientras al oído llegan las sonatinas del silencio. Estamos en el mundo poético, que exige a los cuerpos otras dimensiones y multiplica en las almas el poder de los sentidos.

Necesita la noche, dice ella, que le "duplica la esperanza" y le arranca la orden de "matar la vigilia enemiga". Pero cambia. No se encrusta en una sola emoción. Otro día clama por el advenimiento de la aurora, porque "la noche es tóxica" y porque es arbitraria. Antes la veíamos en viaje hacia el planeta donde vive Zoroastro, como entre una luz de cine, pescando sus verdades escamadas en un río de misterio. De allá vuelve. Y llega a "las colinas de la mañana nueva", con la sensación de haber tenido apoyada la cabeza "sobre las rodillas de la luz", para dormirse.



Juana de Ibarbourou

Madera de *Federico Lanau.*

Cuando siente que el cuerpo "le pesa menos que un pétalo" y que ha tirado al mar "el collar de la vida", bien pudiera, aligerada, ascender hacia Dios, como un perfume. Pero no se lo permiten las cadenas de la tierra. Después del "dolor heroico de hacerse para cada noche un nuevo par de alas", despierta al día amargo en que descubre que bajo el ala de plumas del silencio estallan "los pichones insaciables del ruido". Ese ruido aleja la canción, aleja la embriaguez metafísica, aleja la alegría de haber dormido dentro del propio espíritu.

Oh! la vida! oh! la noche! oh! el gotear de las desilusiones, cuando todo en el alma era ascensión, y cuando recién lavada, fresca, llena de fragancia, iba a buscar, como si fuera el amante de caricias eternas, al pensamiento trascendental, divagador, que posee más plenamente y deja más ojeras atractivas bajo los ojos cargados de horizonte! En la tierra hay otra cosa, hay trampas de fique para las aves y hay telas de araña para los sueños. El tiempo los devora como si fuesen moscas. Y con la dicha escondida, cuando quiere realizarla, tiene que andar paso a paso, "temerosa de enfurecer los vientos".

"La hormiga roja del día lento muerde las hojas tiernas de los minutos que no retoñan". "Por los caminos arrastra su vestido de cola la pereza". Hay días que bostezan. Hay días sin fe, hay días de angustia, hay días en que se cansa de esperar "de espaldas a la vida" y pide aceleradamente a la hora que le traiga al vencedor del sortilegio, y a éste le grita que apresure el paso, no sea que al destino se adelante "la apagadora de lámparas". La bóveda azul es una cárcel de plomo. Las horas carceleras no dejan mirar más allá, por entre los barrotes. Y la vida es sopor, cuando está con el cansancio de haber sido protesta.

Juana de Ibarbourou al fin se despereza. Ha oído en ella la voz que la constriñe a ser dominadora del medio y de ella misma, del tedio y de la torpe audición de quienes deberían estar danzando, como hojas del otoño, al compás de su música. Siente el deseo de júbilo, se acuerda de que fue ninfa, arroja la tristeza en el puerto, después del fatigante viaje imaginario, y mientras el viento, "a horcajadas en la proa", tararea "una viva canción de marineros", vence en ella lo que va a vencer afuera y exclama, sin mostrar los puños, pero con la firme resolución de quien no se dejará arrancar lo que es muy suyo: "Alegría de un día que ha de salvar del maleficio de las horas brujas!" Y lo salva. Y se interna por los que denomina "claros caminos de América".

En el libro *La Rosa de los Vientos* ocupan los poemas bautizados con el nombre del continente la mitad de las páginas. Bien se lo debía quien con el asentimiento de todos los países fue aclamada con el nombre embrujador: "Juana de América". Puso allí lo mejor de ella misma en las dos faces. Hay del ayer y hay de un hoy cuyas frondas ascienden al mañana. Continúa siendo faro o continúa encendiendo el faro. Servirá a los extraños. Ha descubierto que no tenemos entraña de marinos. "Toda la mentira del mar se me ha hecho clara". "Quiero al campo como todos los hombre de América lo quieren". "Un ancho amor de labradores en la sangre nos viene". Y ella misma se embriaga con el delicioso olor de su alma campesina, para obligarnos a mirar hacia otras cosas. Guiados por ella miramos hacia adentro.

La manzanilla, cuyo aroma no es áspero, aunque ella lo pretenda, le salta al encuentro "como un perro festejador y amigo". Olor de huerta, de casa humilde, de jardín, de que se impregna el aire, para seguir su marcha rápida en busca de otras combinaciones, se perfuma de mujer, se hace capitoso y se confunde en seguida con el olor de la selva. Cuando el sol alfarero que modela cariñosamente el día, se lo presenta a Dios, Dios sorprendido diz que exclama: "Qué brillantes son y qué bien huelen mis tierras de América!" "Y el olor de las selvas, que cabalga en el viento", enciende los sueños, que son de juventud, de eternidad, de aventura, poderoso como es el imán del misterio y misteriosas como son las tierras del continente, vírgenes todavía de la planta del hombre.

Hasta lo más modesto tiene para Juana de Ibarbourou color y sabor de encantamiento. "Mi calle, humilde de día, de noche se hace fantástica". El coco, áspera fruta que del Brasil le llega, hace brillante el día lluvioso. "Cuando hundo los dientes en su pulpa compacta, me parece que bebo agua del Amazonas y muerdo sol". El Tacuarí, su río nativo, tiene las aguas hechizadas. Quien calma la sed en ellas se vuelve soñador y vagabundo. El viento del llano le pasa los dedos por la nuca y le hace descender por la espalda "el relámpago de un escalofrío olvidado". Piensa en los vendedores ambulantes, en los indios ateridos de frío, en los negros crepitantes de calor, en las diversas situaciones, costumbres y climas de nuestra inmensa América.

Y enamorada de toda ella, profunda de bondad, quiere la rosa de los vientos, "la que ninguna mujer ha tenido en la cintura ni en los cabellos", para hacerla bailar entre los dedos divinos que acarician el papel en que escriben, "feliz de poseer el dón supremo de dar un soplo cálido a la altiplanicie helada y una corriente fresca al horno tropical". Capricho de niña, pero también de diosa, ese de hacer crecer los arbustos de café y las palmas de coco frente a la cabaña del indiecito triste, de carne erizada por el aire que corta, a tiempo que hace revolcar al viento lo mismo que a un potro, según dice, o que lo hace mover como un abanico entre los negros bulliciosos que en los ingenios se asan!

El mar vuelve a llamarla. Puede sentirse atada y feliz en la contemplación de los valles y los montes, pero no puede escapar a la sugestión del Atlántico, que hasta la puerta de su casa llega, sembrado de caminos. Un afán de partida se apodera de su espíritu, y la mece, y la arrulla, y le ausenta los ojos, que se van tras el espíritu, mientras la reflexión retorna y la convence de que el deseo, bello como deseo, traza arabescos en torno de lo inútil. Símbolo de la felicidad es la escapada hacia tierras remotas, porque siempre creemos que estaremos mejor donde no estamos. La realidad, cuando el deseo se cumple, lo va borrando todo. Ya dijo para siempre Pierre Loti la melancolía de los viajes. ¿De qué valen los cambios si el sér humano encuentra a donde quiera que llega, que anticipadamente instalado lo está esperando su espíritu?

"Quédate donde lo quieran tus fatalidades", escribió Barrés. Nada más dulce que acomodar el ánimo feliz a ese consejo. Todos los días vamos echando raíces. La tierra que nos nutre, nos sorbe. De ella vivimos y para ella vivimos. Poco a poco nos sentimos invadidos de una conformidad que se va transformando en ternura, en amor, en un arraigo tan hondo que ya no es de las plantas sino del corazón, mientras llega la hora de que el corazón se detenga y las platas se hundan, para siempre jamás, entre el suelo y la sombra. Que Juana de Ibarbourou siga iluminando! Aunque quiere irse de la juventud, la juventud la detiene y le afirma en el rostro sus encantos. Todo en ella es musical, es femenino, es poderoso, como invitación a los palacios de la fantasía que a cada nuevo amanecer construye, y dueña de Montevideo puede, aunque de allá no se mueve nunca, visitar los países de su reino, llenarlos de sus canciones, y bañarlos, en la luz de faro que sus pupilas lanzan, a todos sus devotos.

L. E. Nieto Caballero

Al margen de los Persiflages que se refieren a gentes y cosas de escuelas

Osías Castro y su Escuela de Artes y Oficios del Taller de Obras Públicas.—Hace pocos días oí a unos maestros comentar la visita que acababan de hacer a la Escuela de Artes y Oficios establecida en el Taller de Obras Públicas de San José. Me dieron ganar de ir yo también a curiosear y fuí.

Lo que encontré es de aquello en donde el espíritu ansioso de sencillez y de fuerza se siente a sus anchas. Nada de romanticismos y artificios cursis inventados por los modernos pedagogos de estas latitudes—pobres imitaciones de métodos o prácticas de los Estados Unidos— con el fin de producir la ilusión de que están educando.

En la Escuela de Artes y Oficios a que me refiero—¡y loado por ello sean los dioses!—no acogen al visitante con discursos interminables, ni con recitaciones en coro o individuales ni demás tonterías con aire de cosa inteligente que se acostumbran en la mayor parte de las escuelas y colegios de aquí y de allá. No, lo que salió a nuestro encuentro y nos rodeó luego fué el trabajo, pero el trabajo sin pretensiones de trascendentalismo alguno, desnudo, fresco, alegre, lleno de promesas como un árbol de yemas en primavera. Los obreros son muchachos de trece a diecisiete años lo más. En el recinto palpitan ruídos agradables. Cepillan, serruchan, martillean, tornean, toman medidas, dibujan, forjan, caldean, taladran. En el aire flotan chispas, rubio aserrín y olor a madera nueva. La Geometría no es como en las aulas de las otras escuelas algo que parece no tener arte ni parte en las dimensiones de los cuerpos terrestres: va y viene con armonioso movimiento. Los decimales se aplican y no resultan una lucha entre maestro y alumnos. Decroly, Ferriere y demás apostoles de la Escuela Nueva y de la Escuela del Trabajo, se habrían sentido contentos en este ambiente. Sin embargo ni su fundador Osías Castro, ni los maestros que dirigen el trabajo de los muchachos, saben nada de Pedagogía ni de nuevos ni viejos métodos de enseñanza. Quizá sea por eso que van saliendo adelante con su empeño. (Cómo me parece cada día más cierto aquello de que "el que puede hace y el que no puede enseña"). Si yo fuera escultora, gozaría tomando por modelo al adolescente que da con el mazo en el hierro rojo que otro muchacho sostiene sobre el yunque. ¡Cuán bellos sus movimientos al levantar y dejar caer el mazo! ¡Cuánta armonía en este cuerpo joven que trabaja! Se le hinchan los bíceps con el esfuerzo y las venas de la frente se le quiere saltar. El reflejo rojo del hierro candente ilumina el rostro grave de los muchachos absortos en su tarea. El metal se vuelve dócil bajo la energía del brazo y el canto del yunque sube a través del aire luminoso del medio día como un himno al trabajo y a la fuerza.

Hay unos muchachos que con tiras sacadas de unos estañones construyen camas de hierro para la policía y los soldados: así no se los comerán las chinches. Otros remiendan los carretillos que acarrean material en las carreteras en construcción, o les hacen ruedas más resistentes que aquellas con que éstos vienen del extranjero.

Me cuentan que están preparando una exposición para el mes de setiembre próximo. Ya tienen bastantes objetos listos: escritorios, sillas, estantes, martillos, pinzas, llaves fijas. El hombrecito que apenas si tendrá diecisiete años, ha construído la silla giratoria de escritorio, tan bien terminada que tenemos ante los ojos; ese otro es el que hizo el escritorio artístico que nos señala el maestro de ebanistería, con sus taraceas tan lindas de madera de café y de grevílea. Hay un obrerito que toma medidas y aplica en la construcción del portón de hierro forjado—uno de cuyos batientes está ya por terminarse—los conocimientos que sobre dibujo decorativo le da el maestro de dibujo Arturo Ramón.

La casa abandonada...

(Viene de la página 220)

miento a los gallegos de España. Y yo contesto a Pedro Claramonte que prefiero hacer un llamamiento a los naturales de Galicia, que viven lejos, muy lejos de la patria querida. Tal vez éstos, por vivir lejos, sientan al leer estas líneas una angustia en sus corazones; tal vez vean en la casita que se va a derrumbar el símbolo de toda una tierra que ellos aman tanto, y que es una de las más hermosas de España.

El llamamiento está hecho, querido don Pedro Claramonte; el escritor ha dado lo que podía dar; el fruto de su pluma; que otros den, si quieren, otra cosa.

Azorín

Madrid, 1930.

Me cuentan también que algunos de los muchachos son de lejos. Por ejemplo aquel de cara sonriente viene todos los días desde Santa Ana. Si no hace el viaje en camión se anda diariamente entre venida y vuelta sus 20 kilómetros. Me parece verlo salir al amanecer de su casa, al hombro la alforja con el almuerzo, y recorrer el camino que serpentea entre los campos olorosos a vegetal fresco. En el cielo palidecen las estrellas y los pájaros comienzan a gorjear entre los árboles. El mancebo se ha quitado el sombrero y la brisa le alborota sus cabellos. Es como triunfal esta marcha de cada mañana, con un taller en el término del esfuerzo.

Duele pensar que la máquina haya hecho perder su importancia al trabajo manual en la vida del hombre y que ya un oficio no signifique un noble abrigo contra la miseria.

El maestro de ebanistería se llama Abelardo Chacón, el de dibujo Arturo Ramón y el de herrería Alberto Renauld: los tres jóvenes, de apariencia inteligente y bondadosa. Cuando fuí no estaba Arturo Ramón. A primera vista los maestros no se distinguen de los discípulos, tan olvidados están de su rango en el afán del trabajo. Al conversar con ellos no hablan de métodos, ni de buen o mal elemento entre los alumnos. Me enseñan con toda sencillez el trabajo, sin la menor pedantería en el lenguaje o en la actitud, casi sin palabras. Se ve que no se sienten apóstoles como les pasa a los maestros de las escuelas y a los profesores.

El hombre de esta empresa educacional de la Escuela de Artes y Oficios de San José, se llama Osías Castro. Es un obrero joven, inteligente, fuerte y honrado. Al verlo, se comprende al punto que no ha sufrido la influencia funesta de la Pedagogía oficial. Es de los que hacen porque pueden y no de los que seneñan porque no pueden. Según me ha contado después persona enterada, el Gobierno no le ha prestado mayor ayuda en su empeño como se lo ha prestado a los Salesianos. Les faltan muchas cosas, pero no por eso ni él ni los maestros se consideran seres incomprendidos. La necesidad los vuelve ingeniosos y van haciendo con sus alumnos muchos de los instrumentos que les faltaban.

Osías Castro, Alberto Renauld y Abelardo Chacón no desentonarían como maestros en una escuela de la Rusia de los soviets. Dicen que uno de los primeros pedagogos socialistas es el viejo tejedor aleman Robert Seidel. La escuela en donde aprendió a enseñar, fué el telar. Talvez si cada maestro supiera un oficio, la escuela perdería ese aire de cosa muerta o de museo que tiene.

Osías Castro y sus campañeros no simulan que andan afanadísimos por la cultura del país. Trabajan simplemente por ella y ya está.

Si Osías Castro pudiera seguir al frente de su empresa educacional, la Escuela de Artes y Oficios de San José, llegaría a ser algo de inmensa importancia en Costa Rica. Lo malo es que, el mejor día llega cualquier ministro de fomento y lo quita para colocar en lugar suyo a un su pariente o a un su secuaz, y así por arte de la Democracia, que es como decir por arte de la trampa, la Escuela de Artes y Oficios vuelve al limbo de donde la sacara el empeño de un hombre, para aparecer más tarde en el programa de uno de tanto candidatos a la presidencia de la República y no pasar de allí.

. . . .

Me decían que unos maestros se le ofrecieron a Osías Castro para ir a dar en la Escuela de Artes y Oficios una lecciones de Historia.

¿Cómo irán a ser esas clases de Historia? Seguro mucha fecha y mucho nombre de conquistador con sus crímenes que en los textos de Historia llaman hazañas, conquistadores que hoy andan entre el polvo de la tierra. Y de lo que pasa en este momento en el mundo y en torno nuestro, ni la menor noticia. Porque ¡oh habilidad tenemos los maestros de por acá (y seguramente también los de otras partes) para estar enteradísimos de lo ocurrido hace mil años en Grecia y en Egipto y no saber nada de lo que hacen los Estados Unidos hoy en Nicaragua, ni las Compañías Eléctricas ni la United Fruit Co. en Costa Rica! Si esos maestros que qieren enseñar Historia en la Escuela de Artes y Oficios trataran de comparar las barbaridades de los bárbaros de la antigüedad con las de los bárbaros modernos de Europa y de los Estados Unidos, menos mal, porque así los jóvenes obreros se rebelarían contra muchas cosas respetables y pensarían además que no son los hombres los que deben enojarse porque Darwin creyó encontrarnos un tronco común con el mono, sino que más bien deberían ser los monos los indignandos de que alguien sea capaz de imaginar un parentesco entre ellos y estas alimañas ridículas y soberbias que somos los humanos.

Yo aconsejaría a Osías Castro que no permitiera a persona alguna salida del molde de la Pedagogía oficial el metérsele por sus predios. Eso sería como sembrar yerba loca en un buen cultivo.

Las tenidas fúnebres.—¡Qué cosa tremenda son esas *Tenidas Fúnebres* que de unos años a esta parte están de moda en las escuelas y colegios de Costa Rica!

Colgajos negros en las paredes, hachones que arden con luz siniestra, letanías y réquiems recitados con voz cavernosa, orquestas que tocan la Marcha fúnebre de Chopin o la Danza macabra de Saint-Saens, discursos a lo largo de los cuales el mal gusto del orador suspende figuras literarias lacrimosas o adjetivos plañideros que flotan en el ambiente cual crespones negros.

¡Dioses todos del Olimpo, si esto es sadismo puro!

¿De donde vendrá esto de *tenida?* Lo he buscado en el Diccionario de la Real Academia y no encontré la palabreja.

¿Qué imaginación romántica y sadista inventó estas tenidas fúnebres?

Acaso se quiere revivir el fanatismo por la Muerte, del siglo XIV?

Morte nihil melius vita nihil pejus.

(Permitidme meter aquí la frase en latín que servía de lema en un libro de aquel siglo. Estos latines dan un aire de erudición a quien los usa, aun cuando los haya copiado del Pequeño Larousse, y hacen tomar a lo que se dice apariencia de verdad incuestionable por más que se trate de una incuestionable mentira). Pues sí, estas tenidas fúnebres parecieran inspiradas en el lema del antiguo libro: "Nada hay mejor que la Muerte, nada hay peor que la Vida."

En una ocasión asistí en una escuela, a una de las tales tenida fúnebres. Fué por ahí de 1925, lo cual indica que no son una gran novedad entre nosotros. La música desgarradora y la tristeza de los oradores pusieron a llorar a todo el mundo. Yo sentía ganas de ser perro y ponerme a aullar como aullan los canes a la luna o como cuando oyen tocar en flauta o violín el *Lago de Como* ó *La plegaria de una Virgen.*

En estos días pensaba yo que el término de existencias como la de don Luis Fournier, no deberían ser exaltadas con ceremonias enervantes que en lugar de hacer bien a los jóvenes lo que hacen es ponerles erizo el sistema nervioso, excitarles la sensualidad a través del sentimentalismo. Vidas como la de don Luis Fournier—varón honrado sin sombras ni recovecos en sus procederes—que trabajó y luchó hasta su último instante, y murió pobre, seguramente porque no pudo transigir con la impudicia—merecen ser recordadas bajo el cielo azul, al aire libre y al sol, con cantos fuertes y palabras viriles que impulsen a los jóvenes a seguir el noble ejemplo.

Si yo fuera Ministra de Educación Pública, prohibiría terminantemente esas tenidas fúnebres.

Nuestro país, de gente sin entusiasmo, de ánimo descolorido, necesita otros ejercicios, ejercicios para saber encontrar la alegría que es juventud, inteligencia y salud y no de aquellos para exaltar el Dolor y la Muerte.

Mentira eso de que el dolor es cosa buena. Eso lo podrá decir cualquier diletantti en goce de perfecta salud y tranquilidad, pero nunca el individuo que de verdad está sufriendo.

¿Cuándo será que la Escuela se pone realmente al servicio de la vida, de su presente y futuro, y deja de ser la criada incondicional del pasado y de la muerte?

Carmen Lyra

San José, Costa Rica, Abril del 31.

Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua

Editorial y Librería Hispanoamericana
25 rue Le Marois, XVI.
Dirección telegráfica: *Vimansilla.*

París, 26 de Febrero de 1931.

Muy estimado señor García Monge:

Me permito remitirle dos hojas, que constituyen mi repuesta a la encuesta sobre el Canal de Nicaragua. El asunto me parece de un interés inmenso. Le remito también un folleto sobre el Canal de Suez, que me ha sido suministrado en la oficina de la Compañía, en París.

Me parece inútil advertirle que para todo lo que desee en este sentido estoy a sus órdenes. Puedo remitirle, sobre el Canal de Suez, todos los datos que desee. Qué interesante sería armar una campaña en todo el mundo sobre un canal internacional en Nicaragua o, si éste está ya perdido, en el Atrato Qué entradas inmensas para los países centroamericanos, si logran conservar el domicilio de la Sociedad, sólo como impuestos a esos inmensos capitales. Qué cantidad de empleos nuevos y qué campo para nuestros ingenieros, médicos, etc., si se sabe reglamentar todo eso en una concesión en regla. ¿Por qué si el Egipto obró sabiamente en 1860 no podemos nosotros hacerlo mejor hoy día? Creo que una colecta y una campaña en todo el continente darían al fin resultado. Me agradaría saber lo que opina Ud. Yo estaría dispuesto a trabajar con cuerpo y alma en una obra semejante. En Francia se encontrarían capitales abundantes y baratos para empezar una empresa de esa magnitud.

Suyo afectísimo servidor,

Víctor Mansilla.

París, Febrero de 1931.

Sr. D. Joaquín García Monge.
Director del *Repertorio Americano,*
San José de Costa Rica.

Muy estimado señor García Monge:

Hé leído con mucho interés los términos de una encuesta que me ha sido remitida por una «Liga de Reconciliación» de esa ciudad, y los documentos que la acompañan. Como las respuestas deben ser remitidas a Ud., y al fin y al cabo su Revista es la única que hace obra hispanoamericanista en nuestro Continente, dicha encuesta me inspira confianza. ¿Hasta qué punto la justicia y el derecho de Centro América y de Iberoamérica lograrán triunfar de la marinería yanqui, apoderada ya del Canal? Sólo el concepto de solidaridad iberoamericana, de valentía iberoamericana y de competencia iberoamericana, son capaces de hacernos comprender que somos nosotros los llamados a aprovechar y a explotar nuestras riquezas y de conquistar en el mundo el sitio que nos corresponde.

A título de comparación resumiré en pocas líneas cómo se generó la construcción del Canal de Suez y cómo se le explota actualmente. Desde 1849 Lesseps no había cesado de estudiar la idea de un canal que atravesara el Istmo de Suez, que había ocupado ya su espíritu una veintena de años antes, mientras era Cónsul de Francia en Egipto. En 1852 había redactado un memorial pero sólo el advenimiento de Mohamed Said, que había sido su amigo de juventud, fué favorable a la empresa. El 30 de Noviembre de 1854 el virrey otorgó a Lesseps la autorización. Pero como el Egipto era vasallo de Turquía la concesión no podía ser definitiva sino mediante una firma del Sultán. Esta concesión definitiva se obtuvo finalmente el 19 de Marzo de 1866: la Inglaterra se había opuesto a esa concesión a un francés.

Lesseps no había esperado esa confirmación para constituir la Sociedad. La «Compañía Universal del Canal Marítimo de Suez», con un capital de 200 millones de francos, había sido creada el 15 de Diciembre de 1858, y en Agosto de 1859 se empezaron los trabajos. El Canal fué abierto a la circulación el 17 de Noviembre de 1869, y desde esa fecha comienzan a contarse los 99 años de duración de la concesión. Después de ese período el Canal, con todos sus materiales, pasa a poder del Gobierno del Egipto, que otorgó la concesión.

Aun cuando el domicilio social de la «Compañía Universal del Canal de Suez» es París (1 rue d'Astorg), el domicilio efectivo es Alejandría. Las entradas se perciben en moneda egipcia. Disraeli dió su gran golpe comercial al comprar para el Imperio Británico en 1875 las acciones que pertenecían al Egipto: 176,602 acciones) en 3.976,853 Libras Esterlinas, pero el Imperio Británico no comanda en la Compañía. Esta no es una sociedad francesa sino, por su estatuto legal, una Sociedad egipcia. Su consejo de administración se compone de 32 miembros: 20 franceses, 10 ingleses, un holandés y un alemán (éste ha sido eliminado al empezar la última guerra). Los buques de todas las nacionalidades están sujetos a idéntica tarifa: la concesión había fijado 10 francos por tonelada pero después de la guerra ha sido reducida a 8 francos. Durante mi travesía del Canal me he cerciorado de visu que entre los empleados (aunque el elemento francés predomina) los hay de todas las nacionalidades.

Como una demostración de que el Egipto conserva la suprema autoridad en el Canal, que continúa siendo territorio egipcio, me permito citar el hecho siguiente: Un grupo de accionistas entabló últimamente un juicio, naturalmente ante la justicia egipcia, a fin de que ciertos empréstitos contratados por la Compañía, fuesen servidos en francos franceses oro y no papel. En Diciembre de 1930 el juicio pasó a la Corte de Apelaciones de Alejandría. El poderoso Imperio Británico se ha plegado del lado de dichos accionistas y así lo han hecho ver sus abogados a dicha Corte de Apelaciones, que es la que debe resolver en definitiva.

Si con estos hechos comparamos lo que los EE. UU. han hecho en Panamá y siguen haciendo en Nicaragua, una doble pena nos invade. No tanto por el espíritu de rapiña yanqui de ocupar con marinería lo que les interesa en América, tal como no se hace con las negrerías del Africa. Sino porque encuentran en algunas republiquillas gobernantes desvergonzados y canallas que les entregan por tres millones de dólares concesiones a perpetuidad, y otros que permiten todavía esa comedia de marinerías extranjeras en su territorio, que asesinan a los que se oponen a sus designios de rapacidad y de latrocinio, que hoy día no aceptan ni los chinos, ni los indostanes, ni ningún pueblo, aun semi salvaje.

Veo entre los documentos que acompañan a la encuesta varios que yo no conocía. La primera idea que a cualquiera le viene a la mente, al leer que Costa Rica y el Salvador han reclamado

---

LIGA DE RECONCILIACION

(Fellowship of Reconciliation)

San José, Costa Rica,
17 de Enero de 1931.

Señor Don
....
.P

Muy distinguido señor:

Es bien probable que en el curso de este año el Congreso de los Estados Unidos trate de manera definitiva el proyecto de construcción de un canal interoceánico por Nicaragua. En rededor de este asunto hay opiniones muy diversas que, en la América Latina, sería deseable cristalizar. En los Estados Unidos pesa cada vez más la opinión latinoamericana, y conviene que el Congreso norteamericano pueda, para ilustrar sus deliberaciones y llegar a una conclusión que sea justa para con el continente, contar con la opinión pública latinoamericana más esclarecida, sobre los siguientes puntos o cualesquiera además de ésos que usted sugiera:

I.—*El Tratado Chamorro-Bryan:*
a).—Validez de este Tratado.
b).—Interpretación de dicho Tratado.
c).—¿Cómo deben solucionarse los conflictos originados, con motivo de dicho Tratado, entre los Estados Unidos, por una parte, y las Repúblicas de Costa Rica, El Salvador y Honduras, por otra?

II.—*Un nuevo Tratado:*
a).—¿Se necesita o no un nuevo Tratado? ¿Entre quiénes?
b).—Si es necesario, ¿cuáles deben ser sus puntos esenciales con relación:
1).—A los derechos y al bienestar de Nicaragua: y
2).—A los derechos y al bienestar de las otras Repúblicas de Centroamérica?

III.—*Cuestiones generales:*
a).—En vista de su importancia para todo el continente como vía de comunicación y transporte, ¿debe el nuevo canal ser del dominio exclusivo de los Estados Unidos de Norteamérica o empresa bajo el dominio internacional? En este último caso, ¿qué clase de dominio internacional aconseja usted?
b).—Adoptada cualquiera de las dos alternativas arriba indicadas, ¿debe fortificarse o no este nuevo canal?
c).—¿Qué estipulaciones deben establecerse referentes al tránsito por el canal?
d).—¿Cómo deben resolverse los problemas obreros, y los del comercio que presente la construcción y mantenimiento del nuevo canal?

Repertorio Americano, semanario continental, generosamente ha abierto sus columnas, haciendo suya esta encuesta, para la publicación de las respuestas que se reciban y de los documentos e informaciones que puedan ilustrar la opinión para formarse juicio sobre estos problemas. Rogamos a Ud. dirigir su respuesta al Sr. Joaquín García Monge, Director de *Repertorio Americano,* San José de Costa Rica.

De usted con el mayor respeto,
por la LIGA DE RECONCILIACION,

Carlos Thomson,
Secretario en la América Latina.

contra la validez del Tratado Bryan Chamorro ante la Corte Centroamericana, que ésta les da la razón pero se declara incompetente en cuanto a la validez del Tratado por no estar el Gobierno de los Estados Unidos sujeto a la jurisdicción de esa Corte, la primera pregunta es: ¿por qué el Salvador y Costa Rica no entablan demanda ante la Corte de Justicia de La Haya? ¿Por qué no se colectan sumas de dinero para armar una campaña en regla entre todo el Continente Iberoamericano, a fin de declarar de una vez la nulidad del Tratado Bryan-Chamorro y tratar de construir ese Canal de Nicaragua o el del Atrato por Compañías Internacionales, en forma que los Gobiernos interesados perciban parte de las utilidades y en forma que esos Canales, después de cierto número de años, pasen a integrar nuevamente a los países a que pertenecen y a suministrar entradas a los erarios respectivos?

Contestaciones a la encuesta:

1.—El Tratado Chamorro-Bryan:

a).—Nulo de toda nulidad, por lesión enorme.

b).—No cabe interpretación.

c).—¿Por qué Costa Rica, el Salvador y Honduras no entablan juicio sobre nulidad del Tratado ante la Corte de La Haya al mismo tiempo que arman campaña para anularlo en todo el Continente?

2.—Un nuevo Tratado:

a).—Un nuevo Tratado debe firmarse consultando a todos los países centroamericanos interesados.

b).—Concesión de los terrenos sólo por un plazo determinado de años y no a perpetuidad, participación en los beneficios, preferencias o reglamentación en cuanto al porcentaje de empleados y obreros centroamericanos, etc.

3.—Cuestiones generales:

a).—Los canales interoceánicos internacionales deben ser de dominio internacional. La «Sociedad Internacional» que obtuviese la concesión para la construcción y explotación podría estar dirigida, por ejemplo, por unos treinta miembros divididos en cinco grupos elegidos por: Gran Bretaña, Estados Unidos y el Japón, Iberoamérica y el quinto grupo por un quinto grupo de países (Francia, Alemania, Italia, Holanda, España). Como los Canales Internacionales constituyen una empresa comercial, el capital puede fácilmente obtenerse y debería distribuirse por cuotas (Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia, Holanda, Suiza, etc.) Cuotas podrían igualmente fijarse en cuanto a los ingenieros, suministro de materiales, etc. Las tarifas del Canal deberían ser iguales para toda nacionalidad, como en Suez, pero no como en Panamá, donde, por ejemplo, los vapores chilenos deben pagar tarifas prohibitivas. En resumidas cuentas, tomando por base el Canal de Suez y no el de Panamá.

b).—El Canal de Nicaragua, siendo internacional, y de un gran porvenir mundial para el tráfico Europa-Asia, y construido «pro-mundi beneficio», no debería estar fortificado ni servir de estación naval a ningún país.

c).—Tarifas idénticas para todos los pabellones.

d).—Tomando por base las enseñanzas del Canal de Suez, qué es el más antiguo, y que representa un espléndido negocio. En Francia, Holanda y Suiza, para una obra de esa naturaleza, se conseguirían capitales a 4 o/o o 5 o/o. Constituyéndose un directorio internacional, en el cual todas las potencias marítimas estuviesen representadas, y particularmente un grupo centroamericano e iberoamericano, los problemas se van arreglando con justicia y equidad, no en son de rapiña y de conquista, a la sombra de las bayonetas. ¿Por qué no tomar como ejemplo el Canal de Suez? ¿No se ve que hasta los grandes Imperios usan de otros métodos hoy con sus colonias? ¿Por qué seguir tolerando el bandolerismo y la piratería?

Víctor Valdivia

35, rue Le Marois, París XVI.

Nota.—Seguirán las otras respuestas, que ya las tenemos en cartera.

Langston Hughes, el poeta afro-estadunidense

= De *Crisol*. México D. F. =

Difícilmente existe un individuo que a los veintiocho años de edad, haya gozado de una existencia tan pintoresca y tan azarosa com Langston Hughes, el más joven y el más interesante de los poetas negros de los Estados Unidos. Un relato completo de su vida, desordenada y deliciosamente fantástica, podría formar una auténtica novela picaresca. Y es de desearse que este joven negro se decida a escribirla antes de que el cúmulo de sus aventuras le hagan casi imposible encerrar, en las páginas de un solo volumen, los sucesos más importantes en que ha actuado como protagonista.

Nuestro poeta nació el primero de febrero de mil novecientos dos, en la población de Joplin, perteneciente al Estado de Missouri. Antes de cumplir los doce años ya había vivido en nuestra capital; en Topea, Kansas; en Colorado Springs; en Charleston, Indiana; en Kansas City, y en Buffalo. Hizo sus estudios preparatorios en la Central High School de Cleveland, Ohio, donde, en el año de su graduación, fue elegido, de acuerdo con una típica costumbre estudiantil de los Estados Unidos, poeta de su clase y director del anuario escolar.

Permaneció cuatro años más en Cleveland, al cabo de los cuales vino otra vez a la ciudad de México para visitar a su padre, regresando inmediatamente a Nueva York, donde ingresó a la Universidad de Columbia, cuyo ambiente estudiantil y escolástico le fue tan desagradable que, a los pocos meses, abandonó sus estudios, lo que fue causa de una ruptura definitiva con su padre; y, con trece dólares en el bolsillo, se lanzó a la aventura. Primero, trabajó como chofer de un camión de carga en un rancho de Staten Island; después, entró como repartidor de una famosa casa de flores en Nueva York; al fin, satisfizo en parte sus irrefrenables deseos de hacer vida de mar enganchándose en un viejo barco que estaba anclado durante el invierno en el río Hudson.

Su primera travesía como marinero lo llevó a las Islas Canarias, a las Azores y a la costa oeste de Africa. Langston Hughes ha escrito, al recordar ese viaje: "¡Oh, el sol de Dakar! ¡Oh, las negritas de Burutu! ¡Oh, la bahía azul, tan azul, de Loanda! ¡Oh, Calabar, la ciudad perdida en el bosque; los largos y esplendoros días en altamar; los mástiles meciéndose en la noche, bajo las estrellas; los marineros negros de Kru, enganchados en Freetown, y bañandose sobre cubierta en la mañana y en la noche; los dos muchachos, Tom Pey y Hanco, cuya peligrosa misión era la de nadar bajo los troncos de caoba de siete toneladas, que flotaban meciéndose cerca del barco, y amarrarlos a las cadenas de las grúas; los redrojos de las casas viles de Lagos; la desolación del Congo; Johnny Walker y los millones de botellas de whisky sepultadas en el mar a lo largo de la costa oeste de Africa; las riñas diarias a bordo, de los oficiales, de los marineros y de toda la tripulación ebria; los timoratos y asustadizos misioneros que llevábamos como pasaje; George, el muchacho negro de Kentucky, cantando y bailando blues en la segunda cubierta y bajo las estrellas."

Regresó a Nueva York, con bastante dinero y un mono, para embarcarse de nuevo e inmediatamente, esta vez con rumbo a Holanda. Regresó una segunda vez a Nueva York y se volvió a embarcar, en su vigésimo segundo aniversario, el primero de febrero de mil novecientos veinticuatro. Tres

Saludo a Costa Rica

Puntarenas, 15 Abril 1931.

A Joaquín García Monge:

Debiendo continuar rápidamente a mi país de regreso largo viaje Sudamérica siento mucho no ir San José, pero saludo Costa Rica conducto Repertorio *con sincero cariño de ciudadano de Latino América.*

Vicente Lombardo Toledano

semanas después, se encontraba en París con menos de siete dólares en el bolsillo. Sin embargo, pronto tuvo quien lo ayudara, pues una mujer de su propia raza le dió empleo como portero de su *boite de nuit*. Después encontró trabajo como segundo cocinero y, un poco después, como mesero en el cabaret Gran Duc, donde a la sazón cantaba la célebre Florence Mills. Ahí trabó amistad con una rica familia italiana que se lo llevó a su villa en Desenzano, en el Lago di Garda, donde pasó un mes absolutamente dichoso, seguido de una noche en Verona y de una semana en Venecia.

Durante su viaje de regreso, a través de Italia, le robaron su pasaporte y se hizo estibador en los muelles de Génova. Con su estilo pintoresco, nos escribe su vida en aquella época. "Vino, higos y pasta. Y sol, ¡mucho sol! Y por compañeros bizarros, todos los otros estibadores que vagabundeaban por los muelles y por las calles del puerto, provocando a los fascistas con sus constantes grescas y partiendo una pieza de pan en tantos pedazos que nadie alcanzaba más que migajas. Viví en los jardines públicos, cerca de los muelles, y dormí en el Albergo Populare a razón de dos liras por noche, y entre los ronquidos de otros cientos de golfos... Me gané mi regreso pintando el barco en que venía. Ahora me parece que debí de haber pintado todo el buque. Hicimos lo que se llama una travesía de lujo: Livorno y Nápoles, pasando tan cerca de Capri que sentí ganas de llorar; después, al derredor de Sicilia, Catania, Mesina y Palermo; las islas Lipari, insignificantes montículos de piedra pómez asomando sus crestas sobre el mar; luego, la costa de España, ¡la divina España! Mi cuate y yo fuimos a echar una cana al aire en Valencia, durante una noche y un día. ¡Oh dulce vino de Valencia!". Por fin, Nueva York, a donde llegó el diez de noviembre de mil novecientos veinticuatro.

Esa noche lo conoció en una fiesta dada por la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color, Carl Van Vechten, autor de una admirable novela sobre el ambiente de Harlem, el barrio negro de Nueva York, intitulada *Paraíso Negro*, y a quien debo una buena parte de los datos que dejo pergeñados. "Ojalá que este joven negro", dice Carl Van Vechten hablando de Langston Hughes, "se decida a confiar al papel, en sus más nimios detalles, las corridas de toros en México; la ebria alegría del Grand Duc; la delicada y exquisita gracia de las negritas de Burutu; la exótica languidez de las mujeres españolas de Valencia; los bailes bárbaros al son del jazz, en Harlem, en el corazón de Nueva York; la camaradería de los marineros de diversas razas y nacionalidades; todo, en una palabra, lo que ha dejado una marca indeleble en la sensibilidad hiperestesiada de este joven negro y que ya ha encontrado su expresión inicial en los versos que ha escrito y que ha reunido en un volumen que ha titulado, *The Weary Blues*".

La poesía de Langston Hughes es eminentemente espontánea. Tiene esa natural negligencia, nacida de la emoción de que nos habla Charles Guerin. Lo mismo canta a las prostitutas negras de Harlem, que a una placera de México, o a sus compañeros de mar. Pero en todos sus versos se advierte la nota personal, la observación directa y desliteraturizada, vivida intensamente y sentida hasta el paroxismo. No es superrealista, ni mallarmeano, ni siquiera ha sufrido la influencia de Baudelaire, del Baudelaire de *Albatros* y del amor por lo exótico. Es un cantor primitivo, como todos los de su raza, que se expresa en ritmos propios, un poco sincopados, como la música de jazz.

Rafael Lozano

Poemas de Langston Hughes

Versiones de **Rafael Lozano**

EL NEGRO HABLA DE LOS RIOS

Conozco algunos ríos:
Conozco algunos ríos tan antiguos como el mundo y más viejos que la corriente
de sangre humana en las venas de la humanidad.
Mi alma se ha hecho tan profunda como los ríos.
Me bañé en el Eufrates cuando las auroras eran jóvenes.
Construí mi choza cerca del Congo, el cual me arrulló en mi sueño.
Contemplé el Nilo y construí las pirámides sobre de él.
Oí la canción del Mississippi cuando Abraham Lincoln fue a Nueva Orleans,
y vi su corriente lodosa volverse áurea con el crepúsculo.
Conozco algunos ríos:
Ríos antiguos y sombríos.
Mi alma se ha hecho tan profunda como los ríos.

SOY UN NEGRO...

Soy un negro:
Obscuro como la noche es obscura.
Obscuro como el corazón de mi Africa.
He sido un esclavo:
César ordenóme limpiar sus escaleras.
Cepillé las botas de Wáshington.
He sido un trabajador:
Bajo mis manos se erigieron las pirámides.
Hice la mezcla para el edificio Woolworth.
He sido un cancionero:
Desde Africa hasta Georgia
llevé mis canciones de tristeza.
Inventé el ragtime.
He sido una víctima:
Los belgas me cortaron las manos en el
Congo.
Se me lincha ahora en Texas.
Soy un negro:
Obscuro como la noche es obscura.
Obscuro como el corazón de mi Africa.

CRUZ

Un blanco fué mi padre
y mi madre una negra.
Si maldije a mi padre,
retiro mi blasfemia.
Si maldije a mi madre
y le deseé el infierno,
que se encuentre en el cielo,
ahora desearía.
Madre murió en su choza
y padre en su palacio.
¿Dónde moriré yo,
sin ser negro ni blanco?

ARDELLA

Te compararía
a una noche sin estrellas,
si no fuera por tus ojos.
Te compararía
a un largo dormir sin sueños,
si no fuera por tus cantos.

PUERTO

Hola, marinero
que vienes del mar.
Hola, marinero,
vamos a gozar.
¿Un cognac deseas
o prefieres vino?
Ven aquí, te amo,
Ven aquí y sé mío.
Luces, marinero.
Luces blancas, rojas.
Tierra firme, chico.
Vente, marinero,
y olvida la mar.
Ven aquí, mi vida,
¡vamos a gozar!

ALEGRIA

Fuí en busca de Alegría;
esbelta, danzadora Alegría;
jocunda, riente Alegría;
Alegría de ojos brillantes...
Y la encontré
paseando en el carro del carnicero,
¡en los brazos del repartidor del carnicero!
¡Qué amigos, qué amigos
tiene esta joven ninfa, Alegría!

SOLEDAD

Retrato de Cubana

Las sombras
de muchas noches de amor
han circundado tus ojos.
Tus ojos

tan llenos de pena y de pasión,
tan llenos de falsedad,
Soledad,
tan profundamente ojerosos,
tan quietos y con llantos silenciosos.

PLACERA

Esta pobre vieja
sentada en el suelo
vendiendo su escasa mercancía,
un día y otro día,
ha conocido el viento que azota las
montañas
y el sol ha hecho
su piel bronceada.

CANCIONERA

Aquella que canta
chansons vulgaires
en un sótano de Harlem
donde toca el jazz-band
desde el anochecer
hasta el amanecer,
no entendería
si alguien le dijese
que es como una ninfa
para un fauno atrevido.

YO, TAMBIEN, SOY AMERICA...

Yo, también, canto a América.
Yo soy el hermano moreno.
Cuando vienen las visitas,
me mandan a comer a la cocina,
pero yo me río,
como bien,
y crezco fuerte.
Mañana,
me sentarán a la mesa
cuando vengan las visitas.
Entonces, nadie se atreverá a decirme,
come en la cocina.
Además,
me verán tan garrido
que se avergonzarán...
Yo, también, soy América.

Persiflage

La Academia Estadunidense de Artes y Letras

= *Colaboración directa* =

A Don *Federico Gould*, Director de la Academia Inglesa de San José de Costa Rica, ya que de Academias se trata, y la suya no es excepción.

Cuando Darío estuvo la última vez en Nueva York, la *American Academy of Arts and Letters* se acordó de que su nombre de American abarca a todo un continente. Alguien les sopló a algunos de sus miembros directores que el poeta más grande de la otra *América* se hallaba en los Estados. Unidos. Y los muy serios devotos de las artes y de las letras que en Yanquilandia imitan a los franceses llamándose unos a otros *inmortales*, tomaron el acuerdo de saludar al nicaragüense príncipe de la lírica castellana. Poco después, la *American Academy*, ya estando los Estados Unidos al borde del abismo de la guerra mundial, se dejó emplear como cebo para ganar la buena voluntad de los otros americanos, los de habla romance, y uniéndose al *MacDowell Club*, al *Pen and Brush Club*, a la *Poetry Society* y a otras asociaciones por el estilo, condescendió a celebrar las artes y las letras latinoamericanas en fiesta al por mayor, e invitando sin discriminación a todo bicho viviente de estos países con gana de figurar de entre las muchedumbres nuestras que se hallaban a la sazón en Nueva York, dieron un gran banquete a cuyos postres dijeron y oyeron cosa de veinte discursos. Roosevelt, miembro de la Academia, se puso furioso cuando uno de los latinoamericanos festejados, el último en hablar, sacudió el aburrimiento de todos diciendo tres o cuatro verdades del tamaño de Panamá y de las invasiones norteamericanas en Nicaragua, Haití y la República Dominicana. La memorable sesión casi acaba como el legendario rosario mexicano de Amozoc. De entonces a esta fecha, la *American Academy of Arts and Letters* ha relegado otra vez al olvido a los americanos no estadunidenses.

Ahora el viento me ha traído—¡oh sabio viento que sabe que yo no soy un individuo sino una institución!—el programa ilustrado de las "Ceremonias para Conmemorar la Apertura Solemne del Nuevo Edificio de la Academia". El 13 de noviembre, a las tres de la tarde, presidió la celebración el Presidente de la Academia (que lo es también de la Universidad de Columbia) Mr. Nicholas Murray Butler. Una banda de trompeteros tocó la *Sackletanz* de Meyerbeer. Acto seguido Mr. Cass Gilbert, miembro de la Academia y arquitecto del nuevo edificio, entregó las llaves del mismo al Presidente Butler quien las aceptó en nombre de la Academia. Los trompeteros tocaron el *Gloria* de Buzzi-Peccia y cuando agacharon sus alzadas trompetas relucientes Mr. Robert Underwood Johnson, miembro y Secretario de la Academia, leyó uno Oda escrita por él mismo intitulada *Portae Musarum* para dedicar las puertas de bronce, obra del escultor Mr. Herbert Adams. Los trompeteros volvieron al oficio con que se ganan el pan y después de que hubieron tocado el tercer movimiento de la *suite* del *Sigmund Jorsalfar* de Grieg, cuando las últimas notas apenas vibraban de esta música y Febo, un poco colorado de oír tanta cosa, se escondía en el ocaso para no volver hasta la mañana siguiente, fiel a su costumbre de los últimos años, la primera parte del programa concluyó. Pero a la mañana siguiente, a las 11 y 30 para ser exacto, Mr. Paul Shorey, miembro de la Academia y el más distinguido clasicista norteamericano, presidió la segunda parte del bidiurno festejo. Mr. John H. Finley, miembro de la Academia y notable *scholar* de letras latinas, disertó sobre *Los dos mil años de Virgilio* para conmemorar el *bimillenium vergilianum*. El Profesor Vincenzo Ussani, delegado de la Reale Academia Nazionale dei Lincei,—erudito italiano de los contados que no se han puesto mal con el Duce, por lo visto,—habló sobre *Virgilio y América*, sin ocuparse, desde luego, de otra América que los Estados Unidos. El Profesor Robert Seymour Conway, delegado de la British Academy, leyó un largo papel acerca de *Las academias y el público*. Y la fiesta abrió paréntesis de descanso, cuando la organización de *The Master Singers* hubieron entonado versos de Tennyson *A Virgilio*, con acompañamiento de harpas. El mismo día, a las tres p.m., fresco todo el mundo después del *lunch* y de la siesta, Mr. Butler volvió a presidir. Mr. Lorado Taft, miembro de la Academia, entregó una medalla a la distinguida escultora norteamericana Doña Anna Hyatt de Huntington; Mr. Robert Grant, miembro de la Academia, entregó otra medalla a la sutil novelista norteamericana Señorita Willa Cather; Mr. Georg Pierce Baker, miembro *ídem*, entregó otra medalla al notable actor norteamericano Sr. George Arliss; y Mr. Hamlin Garland, también miembro de la Academia, entregó una cuarta medalla al Sr. Alwyn Bach por haberse distinguido por su buena dicción al hablar por radio. El Profesor Carlo Formichi, delegado de la Reale Academia d'Italia,—gran hombre de letras a quien el Fascismo, según se ve, cuenta entre sus filas,—se dirigió en estilo antiguo al nuevo edificio deseándole toda clase de buena suerte. El edificio no respondió palabra. Monsieur Lucien Levy-Bruhl, delegado del Institut de France y miembro de la Académie des Sciences Morales et Politiques, habló sobre *El Instituto de Francia y sus Academias*, y al fin de todo, el Señor don Francisco J. Sánchez Cantón, delegado de la Real Academia de Bellas

---

Nocturno

Así sin darme cuenta, como llevo mi alma
te llevo por la vida, Nocturno Tropical!
porque he sido lechado en tu apacible calma
el mar que he vivido deshoja rosas blancas
en explosión sensual...!

Este mar que se pasa tejiendo hilos de luna,
este mar que mis pasiones aun deben recordar
ojos todo cariño, suave presión de mano al
borde de mi cuna.
Palma que sin ti se marchita. Nocturno!
divina lección de amar.

Max Jiménez

Cuba, 1930.

Por haber salido en la entrega pasada, con una errata deplorable, reproducimos este poema.

Artes de San Fernando, leyó una *Noticia histórica de la Academia* susodicha.

Ahí tienen ustedes, *mes enfants!* A nosotros, como digo, nos llegó *el programa* de la fiesta. A la fiesta no nos invitaron, coñste. Si no, ya se leería en el programa de que hablamos el siguiente *item:* "Las Academia como manera de fregar la paciencia", *Persiflage* de Persiles, delegador de la P.E.R.S.I.L.E.S. de Heredia Costa Rica, América Central. Como no se nos invitó, y como el programa me encantara, este yo mío de ocho almas, decidió re-crear las solemnidades ésas, todas en una noche y, asumiendo los diversos papeles, cada uno de los nosotros que soy yo representó a las mil maravillas a los diversos personajes que llevaron la palabra en Nueva York.

Un fonógrafo antiguo, de los de bocina verde con flores color de chocolate, hizo de trompeteros. Y todo resultó maravillosamente regocijado. La Oda de Underwood Johnson, que es toda una serie de divertidos chistes y adivinanzas alemanes, provocó hilaridad. Porque la leímos íntegra, en versión castellana que hizo Persiles Número 4, es decir, que hice yo en mi papel de Persiles correspondiente al cuarto plano intelectual. Oigan, criaturas, oigan:

Qué tesoro tenemos que primero no haya sido un sueño?
Hace apenas una década desde que vinimos con júbilo
a colocar sobre esta colina una sagrada piedra para altar del templo de un ensueño.
En su redor amontonados, como laureles, estaban la esperanza,
la dedicación, la confianza, y el alto intento
de aquellos que por ese momento de regocijo habían pagado el precio de largos y pacientes años.
Aquí estuvo de pie el primer guerrero de nuestra época, el gentil Foch,
sencillo, erecto, devoto, magnánimo,
que rehusó comprar gloria para sí amontonando ruinas sobre la matanza, cuando el enemigo resuelto dió súbita señal de rendirse.

Aquí fue la primera gran risa. ¿Véis el chiste, hijitos míos? Si hubiéramos estado en Nueva York, presentes en esa ceremonia, qué carcajada la que nos hubiéramos echado. Por algo no nos invitaron. ¿Pero quién se imaginarán que será *The Secretary Academia Costarricense* a quien el programa conmemorativo venía dirigido?

Persiles

Heredia, febrero, 1931.

de gala. Más que la influencia de Alemania, de Francia y de Portugal, que por intermedio de los pensadores han preparado el campo, el advenimiento de la República—la segunda y definitiva que se establece en España—se debe al influjo de las ideas liberales que fecundan el continente ibero-americano y que una corriente de sangre generosa que nos une y de ferviente anhelo por nuestro mutuo porvenir, han llevado hasta el viejo y querido solar hispánico.

Alejandro Alvarado Quirós

San José, Costa Rica. 14 Abril de 1931.

Los estudiantes venezolanos protestan del Panamerican - Day

Barranquilla, 2 de abril de 1931.

Don Joaquín García Monge,
San José, Costa Rica.

Querido don Joaquín:

En respuesta a la *Carta a los estudiantes de America* dirigida por los señores Rowe y Gil Borges, director y Subdirector, respectivamente, de la Unión Panamericana, Washington, D. C., queremos dejar nosotros constancia, como universitarios venezolanos de la emigración revolucionaria, de las siguinetes apreciaciones:

1—Conceptuamos a la Unión Panamericana como agencia de penetración capitalista en América latina. Creada con fines comerciales ha servido a cabalidad los propósitos de conquista económica de nuestros países por el imperialismo yanqui. Las declaraciones de Blaine sobre la taimada política de la *hermana mayor* y las *protestas de amistad* recientes y anteriores, de los señores Rowe y compañeros no bastan a engañar a quienes tenemos los ojos bien abiertos para descubrir y señalar los enemigos de nuestras posibilidades americanas autónomas.

2º—Tanto el señor Rowe como el señor Gil Borges están desconceptuados, por la posición que ocupan dentro de la maquinaria imperialista yanqui, para dirigirse a las juventudes libres de América. Rechazamos con energía, interpretando el pensamiento de las nuevas generaciones de Venezuela, las orientaciones de voces que sólo tienen crédito dentro de los círculos burocráticos y capitalistas de América latina.

3º—Lamentamos, por la solvencia de nuestro frente de lucha, que sea el doctor Gil Borges (venezolano y compañero de oposición), quien asesore al Profesor Rowe en el empeño de incorporar las fuerzas jóvenes del continente a farsas de *acercamiento,* donde sólo deben continuar figurando los conocidos elencos de corredores de bolsa y políticos de profesión.

Le agradeceríamos la inserción de estas declaraciones en nuestro *Repertorio;* y nos repetimos sus amigos consecuentes,

Raúl Leoni, Miguel Otero Silva, Ricardo Montilla, Isaac José Pardo, Pedro A. Juliac, Mario Plaza Ponte, Juan José Palacios, J. T. Jiménez Arráiz, Rómulo Betancourt.

Tablero
=1931=
La libertad en marcha

= *Envío del autor* =

En mi reciente visita a España comprobé que las nuevas generaciones velaban ya las armas, como los antiguos paladines en la víspera de un torneo y que Unamuno, Ortega y Gasset, Marañón para no citar más que tres sembradores habían esparcido a todos los vientos las espigas de oro de la idea republicana.

Pocos meses después ocurrió la caída y muerte del Dictador Primo de Rivera y aunque se ha retardado un año la formidable transformación que hoy contemplamos con alborozo, los amigos de España, en la Península los bravos estudiantes y los obreros empecinados pudieron exclamar apropiándose una frase de Zolá: «la libertad está en marcha y nada puede detenerla».

El Rey Alfonso ha caído con un gesto digno de él. Supo inclinarse ante la voluntad de su pueblo. El valor, la simpatía, el prestigio de sus buenos actos de Soberano y especialmente el broche de oro con que ha sabido terminar su reinado le conquistarán—no hay duda—un señalado puesto en la prodigiosa historia de su país.

Pero ahora, vamos hacía los rumbos nuevos. La monarquía como las divinidades mitológicas no es de estos tiempos. Los españoles cumplen con la fe que en ella tuvieron siguiendo el precepto de Renán: «envolviéndola cuidadosamente en el sudario de púrpura que cubre a los dioses muertos».

Los americanos hijos de estas patrias democráticas debemos celebrar que España sacuda su letargo y renueve para siempre con el vigor de sus juventudes sus métodos de gobierdo y sus instituciones políticas y sociales.

Dijo en frase concisa y bella el recordado maestro Rodó: «Soñemos un porvenir en que a la plenitud de la grandeza de América corresponda un milagroso avatar de la grandeza española y en que el genio de la raza se despliegue así en simultáneas magnificencias, a este y aquel lado del mar.»

La fraternidad hispanoamericana está

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica